

¡Venga tu Reino!

## Plan general de formación de los laicos consagrados del *Regnum Christi*

### Introducción

El plan general de formación (*Ratio institutionis*) es “el proyecto de formación inspirado en el carisma institucional, en el cual se presenta de manera clara y dinámica el camino a seguir, para asimilar plenamente la espiritualidad del propio instituto”<sup>1</sup>. Establece objetivos, principios y medios generales de la formación en la Asociación<sup>2</sup> para cada una de las etapas de la vida, según el propio carisma. Es importante recordar que lo carismático no es necesariamente algo completamente original o único en la Iglesia, sino un modo propio de vivir el misterio de Cristo en la Asociación.

En nuestro caso, hemos incluido la visión antropológica cristiana que enmarca no sólo el objetivo último de la formación, sino cómo se concibe la formación misma: somos transformados en Cristo según el designio amoroso del Padre por obra del Espíritu Santo. Es un modelo formativo que busca la identificación con Cristo, modelo de nuestra vocación como laicos consagrados y de todas las vocaciones, es quien testimonia y anuncia en el mundo la vida nueva del Reino de Dios.

El plan general de formación ha de “leerse” a la luz de los demás documentos que delinean la identidad y misión de los laicos consagrados del *Regnum Christi*, como son los Estatutos y el Reglamento. Asimismo ha de considerarse un documento “vivo” e incompleto pues su aplicación requerirá ajustes y ser completado con otros documentos, como por ejemplo, guías para los formadores o el plan de estudios para los miembros en bienio de formación.

Este plan responde también a situaciones históricas concretas. Durante la primera asamblea general de los laicos consagrados del *Regnum Christi*, en noviembre de 2013, se pidió al responsable general con su consejo, la elaboración de un plan de formación que ayudara a formar conforme a la propia identidad y misión. En dicha asamblea también se realizó un diagnóstico preliminar de la formación de los laicos consagrados. Asimismo, en el comunicado enviado a la asamblea general de las consagradas del *Regnum Christi* y al capítulo general de los legionarios de Cristo, se habla de algunas deficiencias en la formación de las cuales hemos tomado conciencia y nos hemos propuesto superar, como también de elementos positivos que hemos ido descubriendo durante los últimos años.

---

<sup>1</sup>cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*, 68.

<sup>2</sup>Al usar el término “Asociación” nos referimos a la Asociación “Laicos consagrados del *Regnum Christi*” como grupo en la Iglesia y en el *Regnum Christi*, cuya colocación canónica aún está pendiente.

## Índice

A. Identidad y misión del laico consagrado del <i>Regnum Christi</i>	4
B. El modelo formativo	6
B.1 Visión antropológica cristiana	7
1. <i>El ser humano es creado, por amor, a imagen y semejanza de Dios</i>	
2. <i>El ser humano es una unidad de cuerpo y alma</i>	
3. <i>El ser humano está herido por el pecado y ha sido redimido por Jesucristo</i>	
4. <i>El ser humano es persona</i>	
5. <i>El ser humano es miembro de la familia humana</i>	
6. <i>El ser humano está llamado a ser otro Cristo</i>	
B.2 Principios formativos de los laicos consagrados del <i>Regnum Christi</i>	8
1. <i>Formación como transformación en Cristo</i>	
2. <i>Formación centrada en el amor</i>	
3. <i>Formación realista y gradual</i>	
4. <i>Formación inculturada y “contracultural”</i>	
5. <i>Formación integral e integradora hacia la plena madurez en Cristo</i>	
6. <i>Formación interior y en las virtudes</i>	
7. <i>Formación en el discernimiento</i>	
8. <i>Formación para la misión</i>	
9. <i>Formación comunitaria</i>	
10. <i>Formación en la fisonomía exterior</i>	
11. <i>Formación permanente</i>	
C. Agentes y ámbitos de la formación de los laicos consagrados	17
1. <i>Agentes principales: Dios y la persona consagrada</i>	
<i>El Espíritu Santo y la respuesta libre y responsable de la persona consagrada. Discernimiento espiritual en la formación. La oración y la fe en la formación. Las normas y su lugar en la formación. Carismas personales y carisma institucional. María en la formación.</i>	
2. <i>Los formadores y el acompañamiento</i>	
<i>Necesidad de la ayuda de otros en la formación. El acompañamiento del formador como elemento carismático del Regnum Christi. Fin del acompañamiento: la plenitud vocacional en la libertad. Acompañamiento y aprender a caminar. Acompañamiento en la oración y en la espiritualidad. Acompañamiento vocacional. Acompañamiento en el trabajo/apostolado. Acompañamiento de toda la comunidad.</i>	
3. <i>Ámbitos donde se desarrolla la formación</i>	
<i>El ámbito de la Iglesia y, en ella, del Regnum Christi. El ámbito de la sección y la localidad del Regnum Christi. El ámbito de la comunidad. La comunidad como escuela de caridad. Medios formativos comunitarios. El conflicto como experiencia formativa. La familia como ámbito formativo. La obra de apostolado como ámbito formativo. La universidad, ámbito formativo.</i>	

4. <i>La retroalimentación y evaluación del proceso formativo</i> <i>Importancia de la evaluación. Excesos en la evaluación. Tipos de evaluación. Momentos de la evaluación. Autoevaluación. Evaluación de la evaluación.</i>	
D. Algunas características de la formación previa de los jóvenes de hoy	27
E. Objetivos formativos <i>Conveniencia de que haya objetivos orientativos y comunes en la formación. Conveniencia de educar en las virtudes. Conveniencia de considerar la propia singularidad en la formación. Conveniencia de una formación polivalente. Conveniencia de la colaboración con las demás ramas del Regnum Christi. Conveniencia de la profundización en el carisma del Regnum Christi. Conveniencia de un plan personal de formación y de carrera. Conveniencia del seguimiento y evaluación de resultados. Conveniencia del apoyo técnico de especialistas.</i>	29
1. <i>Conocimientos generales</i>	
2. <i>Habilidades</i>	
3. <i>Virtudes</i>	
F. Itinerario formativo de los laicos consagrados del <i>Regnum Christi</i>	32
1. <i>El Centro Estudiantil</i>	
2. <i>El candidatado</i>	
3. <i>Etapas iniciales</i>	
4. <i>Etapas de votos temporales y los estudios universitarios</i>	
5. <i>Etapas de votos definitivos o de vida de apostolado</i>	
G. Los formadores y su formación	40
1. <i>El formador</i> <i>Rol y cualidades del formador. Acompañamiento y aprender a acompañar.</i>	
2. <i>El responsable de comunidad</i> <i>El responsable de comunidad como autoridad. El responsable de comunidad como maestro. Acompañamiento a la comunidad. Acompañamiento y diálogo personal.</i>	
3. <i>El director espiritual</i>	
4. <i>Otros formadores</i> <i>Acompañamiento del responsable territorial y general. Otros acompañantes.</i>	
5. <i>La formación de los formadores</i> <i>Necesidad de un plan de formación particular para ser formador. Necesidad de formación psicológica en los formadores. Necesidad de cuidar las transferencias entre el formador y el formando. Ser formador es un servicio, no un reconocimiento a las propias cualidades.</i>	
H. Bibliografía	45

## **A. Identidad y misión del laico consagrado del *Regnum Christi***

Todo plan formativo establece unos objetivos que nacen de la meta final o ideal que se quiere alcanzar. En nuestro caso “la transformación en Cristo: modelo del laico consagrado que busca testimoniar en el mundo la vida nueva del Reino de Dios, y la preparación como apóstoles según la identidad y misión específica del *Regnum Christi*” (Estatutos, 33 §1). La identidad del laico consagrado del *Regnum Christi* se configura bajo el ideal expresado en el número 9 de los Estatutos de vivir “el misterio de Cristo, consagrado al Padre y cercano a sus hermanos los hombres, como uno más de su Pueblo, anunciándoles el Reino con su palabra y la ofrenda de su vida”. Como se menciona en el Reglamento General (número 2), nuestra identidad tiene tres dimensiones de una única vocación, ya que somos al mismo tiempo laicos, consagrados y miembros del *Regnum Christi*.

### **1. Condición de laico**

El laico tiene un modo de vivir propio en el mundo, -entendido mundo en su acepción de lugar de encuentro con Dios y con el hermano-, un modo de mirar las realidades temporales y de ordenarlas según Dios con su trabajo y su vida (cf. Reglamento, 2 §1).

El laico consagrado del *Regnum Christi* está llamado a santificar las realidades temporales, dando testimonio de vida cristiana y manifestando con su ser y su hacer, que la creación alcanzará su plenitud en la medida en que “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15, 28). Así revelaremos a los demás el sentido y valor de las realidades temporales en el diseño de Dios (cf. Estatutos, 5, 2º).

### **2. Condición de consagrado**

La consagración implica una entrega y dedicación completa y exclusiva a Dios en pobreza, castidad y obediencia. Esta entrega no conlleva una separación del mundo, entendida como “huida del mundo”, sino el deseo de ser “en el mundo memoria viviente” del modo de vivir de Cristo (cf. Estatutos, 17 §2)<sup>3</sup>. El laico consagrado del *Regnum Christi* está llamado a seguir a Cristo más de cerca, como discípulo y como apóstol, acogiendo la doble invitación del Maestro a “estar con Él” y a “ser enviado” (cf. Mc 3,14) a “manifestar el rostro de Cristo en la vida cotidiana de los hombres” (cf. Estatutos, 17 §3).

### **3. Pertenencia al *Regnum Christi***

Compartimos un mismo carisma, espiritualidad y misión con los demás miembros del *Regnum Christi*, por tanto, nuestra forma de ser laicos y de ser consagrados es a la manera del *Regnum Christi*, poniendo en práctica su espíritu, sus principios y su metodología apostólica, ofreciendo al servicio de la común misión la particular vocación y talentos del laico consagrado (cf. Estatutos, 1 §2, 4, 6 y 8).

El laico consagrado del *Regnum Christi* considera esta vocación como expresión de la voluntad de Dios que le ama y le llama a identificarse con Cristo y

---

<sup>3</sup>cf. *Vita consecrata*, 20 y 22

su particular estilo de vida. Libremente busca adherirse a la voluntad de Dios y cumplir así su vocación. La identificación con Cristo no ha de entenderse como una “anulación” de la propia identidad, sino como una auténtica realización de uno mismo, de aquello que estamos llamados a ser: que Cristo viva en mí (cf. *Gal 2, 20*). Cristo no quita nada de lo auténticamente humano ni de lo verdaderamente “mío”<sup>4</sup>. “Cristo me ama y me llama tal como soy, con mi personalidad. Busca mi transformación, mi renovación”. Esta transformación –aún sin la presencia de signos externos que dieran cuenta de nuestra consagración, como podría ser un uniforme– no queda recluida en el interior del alma, sino que ha de revelarse en una vivencia cada vez más auténtica de aquella *forma de vida* que llevó Jesucristo y que nos distingue de los demás hombres. Somos de Cristo y Él camina a nuestro lado estableciendo una especial relación de amor, invitándonos “no sólo a acoger el Reino de Dios en la propia vida, sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca su *forma de vida*”<sup>5</sup>.

No se trata por lo tanto de imitar un ideal de vida abstracto o un estilo de vida genérico. El evangelio nos muestra cómo era Jesús, de alguna manera también laico consagrado. El Espíritu Santo nos inspira cómo viviría hoy Jesús, inmerso en el mundo, cercano a los hombres y consagrado al Padre. Es el mismo Espíritu Santo quien nos transforma interiormente para llegar a tener sus mismos sentimientos, su mismo pensar, querer y actuar, haciendo de la propia vida la vida misma de Jesucristo (cf. *Fil 1, 21*). El Espíritu Santo nos revela cómo “estar en el mundo sin ser del mundo” (cf. *Jn 15, 19*), sin mundanizarnos.

Identidad y misión van juntas e inspiran el proyecto formativo. Identidad y misión tienen la misma raíz: el llamado amoroso de Jesucristo a colaborar con Él, poniendo los propios talentos al servicio del Reino. Son dos aspectos que no se pueden separar, ya que, como en Cristo mismo, nuestra identidad incluye nuestra condición de apóstoles, de enviados.

El primer talento que ha de ponerse al servicio del Reino es el testimonio de entrega alegre y esperanzada al seguimiento de Cristo. “Viviendo «en obediencia, sin nada propio y en castidad», los consagrados confiesan que Jesús es el Modelo en el que cada virtud alcanza la perfección”<sup>6</sup>, y se constituyen en “*memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús* como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos”<sup>7</sup>. Siendo consagrados se hace presente el Reino; en cierto modo nuestra “primera” misión es ser consagrados, auténticos consagrados como Cristo lo es.

La condición laical comporta, como dice el documento conciliar *Lumen Gentium*, la misión de “iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor”<sup>8</sup>. El laico consagrado es especialmente apto para esta misión de ordenar las realidades temporales según

---

<sup>4</sup>cf. Benedicto XVI, Homilía de inicio del Pontificado, 24 de abril de 2005.

<sup>5</sup>*Vita consecrata*, n. 14.

<sup>6</sup>Ibid, n. 18

<sup>7</sup>Ibid, n. 22

<sup>8</sup>Conc. Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 11

Cristo, de “consagrar el mundo a Dios”; tiene entre sus manos la misión primigenia del hombre según la cual Dios pone a su cuidado la creación entera (cf. *Gen 1, 26-28*). El laico consagrado realiza así su oficio de sacerdote, profeta y rey de acuerdo a su consagración bautismal y a su especial consagración en el seguimiento de Cristo.

La realización de la misión puede tomar diferentes formas, sin embargo, sea cual sea la circunstancia, se ha de caracterizar por: a) el testimonio profético de la propia vida entregada total y exclusivamente a Jesucristo; b) la evangelización de las realidades temporales, manifestando el sentido y valor que tienen en el designio de Dios; c) la disponibilidad, caridad y competencia en el servicio al *Regnum Christi*, a la Iglesia y a los hombres; d) la promoción de la comunión fraterna entre todos los miembros del Movimiento; e) la oración y la ofrenda de la propia vida a Dios (Estatutos, 5).

La realización de la misión puede llevarse a cabo en las obras del Movimiento o en otras fuera de él. En cualquier caso se hace según el carisma del *Regnum Christi* y como parte de la misión del *Regnum Christi* de formar apóstoles, de evangelizar a las personas de mayor influjo y de incidir en la transformación cristiana de la sociedad (cf. Estatutos, 7). El laico consagrado la realiza con competencia profesional, buscando ordenar según el designio de Dios las realidades temporales en las que se desenvuelve. Su formación ha de capacitarle para realizar esta misión.

En síntesis, el laico consagrado es un hombre que busca responder a la invitación divina de seguir más de cerca a Cristo y ser su apóstol, poniendo sus talentos al servicio de la Iglesia y de los hombres según el carisma y misión del *Regnum Christi* (cf. Estatutos, 2).

## **B. El modelo formativo**

¿Qué constituye un modelo formativo? Hay muchas aproximaciones sobre qué es un modelo formativo, pero en general coinciden en que ha de incluir una teoría o visión antropológica, principios (antropológicos, pedagógicos y metodológicos) que guían el proceso formativo, objetivos a lograr (a veces se le llama “perfil de egreso”), y medios para las diferentes etapas, que se concretan luego en diversas medidas, como lo son los programas por etapa de formación, currículos de estudio, guías de formación para uso de los formadores, propuestas pedagógico-didácticas, horarios y reglamentos de los centros, entre otras. Los objetivos y medios por lo general se establecen tomando en cuenta el ambiente sociocultural en el que viven los formandos y las problemáticas contextuales que les afectan. En ocasiones todo esto se refleja en el “perfil de ingreso”. Por último, el modelo ha de incluir un sistema de evaluación que ayude a determinar el grado de consecución de los objetivos, la eficacia de los medios empleados y la forma de mejorarlos continuamente. Se debe buscar que haya coherencia y pertinencia, y que no sea un simple cúmulo de “buenas intenciones”.

## **B.1 Visión antropológica cristiana**

Toda propuesta formativa tiene una fundamentación antropológica, aunque no siempre sea explícita. En nuestro caso esta fundamentación o visión nos la da Jesucristo, quien “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”<sup>9</sup>.

A continuación expresamos algunos elementos característicos de la visión antropológica cristiana que resultan de valor para iluminar el proceso formativo.

### **1. El ser humano es creado, por amor, a imagen y semejanza de Dios**

El ser humano es creado por Dios, por amor y para el amor, a su imagen y semejanza. En el amor de Dios tiene su origen y su destino. Por ser imagen y semejanza de Dios, que es amor, puede establecer un diálogo personal de amor con él, y es allí donde radica su alta dignidad<sup>10</sup>. Hacia este fin tiende toda vida humana y sólo en él se realiza plenamente el sentido de la vida. “Nos hiciste, Señor, para Ti e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en Ti”<sup>11</sup>. Más aún, nuestra vocación es llegar a ser “hijos en el Hijo” (*Ef* 1,3-6.15-18); llegar a ser “otro Cristo” por obra de la gracia y así participar, en Jesucristo, de la vida divina. Hacia este fin tiende toda vida humana y sólo en él se realiza plenamente el sentido de la vida.

### **2.El ser humano es una unidad de cuerpo y alma**

El ser humano es una unidad de cuerpo y alma hecha toda ella para el amor. Alma y cuerpo son los dos principios que constituyen la única naturaleza humana<sup>12</sup>; cada ser humano es uno, no dos. Lo corpóreo del ser humano también es signo de esta vocación al amor y participa de la dignidad de la “imagen de Dios”<sup>13</sup>. El ser humano es una realidad completa y compleja compuesta por inteligencia, voluntad, afectividad. Está llamado a integrar armónicamente todo su ser.

### **3. El ser humano está herido por el pecado y ha sido redimido por Jesucristo**

Ahora bien, este hombre lleva en sí mismo la herida del pecado original, fruto de un mal uso de la propia libertad manifestada en el desorden interior (*cf. Rm* 7,19: “no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago”) y en las dificultades para relacionarse con los demás (envidias, odio, violencia, indiferencia, entre otras). En el hombre existe cierta tensión y se desarrolla una lucha de tendencias entre el “espíritu” y la “carne”; lo que conlleva un combate espiritual<sup>14</sup>. Pero Dios no lo abandonó a su propia suerte, ya que “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (*Rm* 5,20). En efecto, Dios, rico en misericordia se ha acercado a nuestras vidas, se ha encarnado y nos ha redimido otorgándonos la posibilidad de alcanzar, con su gracia, la plenitud de vida y de amor para la que hemos sido creados.

---

<sup>9</sup> Conc. Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22,1

<sup>10</sup> *cf. Ibid*, 19

<sup>11</sup> S. Agustín, *Confesiones*, 1,1,1

<sup>12</sup> Catecismo de la Iglesia Católica, n. 365

<sup>13</sup> *cf. Ibid*,

<sup>14</sup> *cf. Ibid*, n. 2516

#### **4. El ser humano es persona**

El ser humano ha sido creado por Dios a imagen de sí mismo; persona como Él: un “alguien”, no un “algo”; un “quién”, no un “qué”. Dios no es una idea, sino una persona que me ama. Por eso sólo mediante el encuentro con el otro (ante todo con Dios) que me ama, y estableciendo una relación de amor, se vive plenamente este “ser persona”. Amar a otra persona implica salir de uno mismo para dar, recibir y compartir, según el modelo de la Trinidad. De ahí también que nadie se forme “a solas” sino acompañado por otros.

#### **5. El ser humano es miembro de la familia humana**

La Revelación, desde el relato del Génesis, pone de manifiesto que todos somos uno en Adán. Y luego, el Nuevo Testamento nos revela que somos uno en Cristo. Asimismo y más allá de la experiencia de comunión o división que podamos vivir, todos somos hermanos por compartir una misma naturaleza, un mismo Padre y Señor, una misma vocación. Al vivir en comunión, al amarnos en Cristo unos a otros, estamos realizando nuestra vocación, estamos viviendo nuestra identidad. El proceso formativo ha de considerar que la formación debe darse en el seno de una comunidad y ha de buscar que las personas aprendan a vivir en comunión, no sólo con los más cercanos sino también con todos los hombres.

#### **6. El ser humano está llamado a ser otro Cristo**

El ser humano está llamado a ser otro Cristo por designio del Padre y la acción del Espíritu Santo. Está llamado a participar de la vida divina por obra de la Trinidad, y a ser “hijo en el Hijo” (*Ef 1,5*). Llamada que supera las fuerzas humanas, que es gracia, con la cual colabora nuestra libertad. La formación, por tanto, es un proceso divino-humano por el que nos vamos transformando en Jesucristo: el hombre actúa en *synergia* (p.e. colaboración) con el Espíritu Santo<sup>15</sup>. La formación es cristocéntrica y tiene como fin llegar a ser otro Cristo, asumir una “nueva existencia”: no se trata sólo de imitar a Jesús sino de que Cristo viva en mí (*Gal 2, 20*) y de “poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca su *forma de vida*”<sup>16</sup>.

### **B.2 Principios formativos de los laicos consagrados del *Regnum Christi***

La universal llamada a la santidad, por la cual Dios invita a todo hombre a ser otro Cristo, se especifica en cada persona con una ulterior llamada a llevar a cabo una misión particular en la Iglesia. Por esta razón, el segundo elemento que hay que considerar en una reflexión sobre la formación de hombres, es la vocación específica de las personas. A esta vocación la podemos considerar, análogamente como un carisma. Un carisma que ha de ser acogido y asimilado.

---

<sup>15</sup> Los Padres de la Iglesia usaban el término *synergia* para hablar de la colaboración de la libertad humana con Dios en el ámbito espiritual, y cuyo significado es más rico que el término sinergia que se usa en lenguaje coloquial o empresarial.

<sup>16</sup>*Vita consecrata*, 14



Desde este punto de vista podemos considerar que nuestra vocación específica al *Regnum Christi*, como laicos consagrados, es un don, un carisma que conlleva asumir y asimilar un estilo de vida particular.

Un plan de formación que ignore la vocación específica de la persona, proyectaría necesariamente una imagen distorsionada del plan de Dios sobre ella, y en consecuencia daría frutos cortos o indeseables. Al mismo tiempo que el carisma configura el semblante espiritual de la persona, actúa también como elemento constitutivo de la asociación o comunidad de fieles a la cual un cristiano se ve afiliado. Aplicado a nuestro caso, podemos considerar que nuestra vocación de laicos consagrados del *Regnum Christi* es también un don que estamos llamados a encarnar: es un modo particular de vivir el carisma del *Regnum Christi* según la propia condición de laicos consagrados.

Los principios formativos mismos, con los cuales se debe formar la persona, han de ser coherentes con el carisma específico del *Regnum Christi*, puesto que el carisma informa constitutivamente todos los aspectos de la vida del formando.

El número 33 de los Estatutos, al hablar de la formación de los miembros, señala que la formación del laico consagrado “busca testimoniar en el mundo la vida nueva del Reino de Dios, y la preparación como apóstoles según la identidad y misión específica del *Regnum Christi*”. Además, presenta a Jesucristo como meta de la formación (entendida como transformación en Cristo) y modelo del laico consagrado del *Regnum Christi*.

Así mismo el número 34 indica algunos de los principios que guían esta formación: “la formación en la verdad, la formación en la libertad, la formación en la responsabilidad, la auto-convicción, la formación de la afectividad, la formación personalizada y la formación integral e integradora”. Todo el Plan general de formación pretende desarrollar los principios formativos, ayudando a comprender y aplicar mejor estos números de los Estatutos.

### **1. Formación como transformación en Cristo**

La formación es el proceso por el que progresivamente vamos creciendo en la unión con Cristo y en la configuración con Él<sup>17</sup>. Como ya hemos dicho, la formación es un proceso de transformación en Cristo según la propia vocación, en nuestro caso la de laicos consagrados del *Regnum Christi*. El objetivo general de la formación consiste en que adquiramos una conformación ante todo interior<sup>18</sup> de nuestro ser con Jesucristo, laico consagrado. No puede por ello limitarse a un aprendizaje parcial de habilidades, competencias o de conocimientos, sino que ha de tender a una transformación interior, por obra del Espíritu Santo, artífice de toda formación cristiana. El mismo Dios, que nos llama, es quien ha venido a nosotros y

---

<sup>17</sup>cf. Sagrada Congregación para los religiosos e institutos seculares, Instrucción *Elementos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa, dirigidos a los Institutos dedicados a las obras apostólicas* (1983), 45.

<sup>18</sup>cf. *Vita consecrata*, 65: «Desde el momento que el fin de la vida consagrada consiste en la conformación con el Señor Jesús y con su total oblación, a esto se debe orientar ante todo la formación. Se trata de un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre».

quiere encontrarse con cada uno. Y es Él quien nos da las gracias para vivir y ser conforme a lo que nos pide. Esta acción de Dios requiere una colaboración libre y responsable de nuestra parte.

El proceso formativo del laico consagrado es, por tanto, un acto místico, sobrenatural<sup>19</sup>; lo cual evidentemente no quiere decir, como veremos más adelante, que se deje de tener el propio temperamento o incluso las propias limitaciones, sino que Dios hace su obra en el ser humano a través de su propio modo de ser (la gracia no suple la naturaleza sino que la perfecciona), elevándolo.

## **2. Formación centrada en el amor**

El amor es al mismo tiempo el origen y el fin último de la formación, como también el elemento central del proceso formativo. Dios nos llama por amor y para amar. Él mismo es amor y al irnos transformando, a su imagen y semejanza, nos hace amar<sup>20</sup>, infunde la virtud del amor.

La vida trinitaria -que es dar, recibir y compartir- se desborda y nos invita a ser y vivir del mismo modo. Como laicos consagrados hemos de ser expertos en el amor, en la comunión; y presencia de este amor de Dios que se desborda y entrega. Nuestra experiencia de Dios y la vivencia de los consejos evangélicos deben llevarnos a amar de tal manera que abracemos el mundo y lo consagremos al Padre en Cristo por el Espíritu Santo. El amor es lo que nos debe impulsar a formarnos en todos los aspectos para que Él sea todo en todos, comenzando por nosotros mismos. El amor es incluso fuente de conocimiento pues en la medida en que se ama auténticamente uno se acerca a la verdad sobre sí, sobre Dios y sobre el mundo. Verdad y amor van siempre juntos: “no aceptéis nada como verdad que esté privado de amor. Y no aceptéis nada como amor que esté privado de verdad. La una sin el otro se convierten en una mentira destructora”<sup>21</sup>.

Este amor no es un sentimiento genérico de benevolencia sino un compromiso con las personas con las que uno se relaciona. Es también, y ante todo, un encuentro gratuito, en primer lugar con Dios y luego con muchas otras personas con las que se va tejiendo la vida.

## **3. Formación realista y gradual**

Siendo personas heridas por el pecado, constatamos que no siempre hacemos el bien que queremos y que nuestra vida dista del ideal. La transformación en Cristo es algo gradual y que requiere un auténtico combate espiritual, ayudados por la gracia<sup>22</sup>. La vida nueva recibida en el Bautismo no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado que la tradición llama *concupiscencia*. Se requiere una lucha, una conversión permanente, sea cual sea

---

<sup>19</sup>Para entender lo que ocurre en el proceso de formación puede iluminarnos la Eucaristía. En la formación el formando es la “materia” que por obra del Espíritu Santo se “convierte” en Jesucristo. Evidentemente no se trata de una transustanciación como tampoco es la misma presencia real de Jesucristo. Pero sí se puede considerar un acto místico, sobrenatural e incluso litúrgico siguiendo a san Pablo (cf. Ef 5,2). De ahí la importancia de que el formando tenga un amor de oblación como el de Cristo.

<sup>20</sup>cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, Primera parte

<sup>21</sup>Edith Stein, citado por Juan Pablo II en la Misa de beatificación de Teresa Benedicta de la Cruz.

<sup>22</sup>El Catecismo de la Iglesia Católica advierte de la necesidad del combate espiritual en todo cristiano, en el marco de la oración y de la transformación en Cristo (cf. nn. 409, 1426, 2015, 2516...).

nuestra edad o nivel de formación, para responder a la gracia. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf. 2 Tim 4).

La constatación de nuestros límites (intelectuales, morales, y físicos, entre otros) y nuestros fallos, nos ayuda a reconocer que la formación, en cuanto a transformación interior, no es algo que podamos controlar como si fuera una técnica, sino un don gratuito de Dios que como mendigos hemos de pedir y acoger, especialmente cuando el ideal es tan elevado. Por ello, la humildad auténtica es fundamental para el itinerario formativo cristiano.

Aceptar los propios límites, y reconocerse necesitados de la misericordia de Dios, como también aceptar las propias fortalezas y dones, facilita y permite que demos su lugar a Dios no sólo en nuestra vida sino también en la formación de otras personas. Sólo quien ha hecho la experiencia de la Cruz puede comprender que el “hombre nuevo” es algo muy diferente del “superhombre”. Ante Dios no “valemos” más por nuestras habilidades o logros sino que valemos por lo que somos: sus hijos. La experiencia de la Cruz y de la debilidad lejos de alejarnos de los hombres nos lleva a eliminar distancias, a acercarnos, a entrar en comunión con todo lo humano, como Jesús.

El laico consagrado del *Regnum Christi* busca poner con realismo, sin falsa humildad, sus talentos en manos de Dios y al servicio de los demás. Confía en Dios y por eso confía en los demás y en sí mismo. La humildad es “andar en verdad”<sup>23</sup> y por lo mismo, es parte del realismo formativo ser muy consciente de los dones que se tienen para hacerlos fructificar (cf. Mt 25, 14-30).

El realismo también ayuda a comprender que la formación es un proceso gradual y nunca terminado, es un itinerario o camino. En cada etapa o circunstancia de la vida surgen retos que exigen formarse e incluso “reformarse”. Formador y formando lo han de tener en cuenta. No se pueden “quemar etapas” ni olvidar que la acción de Dios es gratuita. Los agentes humanos, comenzando por el propio formando, han de estar atentos para comprender lo que Dios quiere hacer en cada momento con cada persona, y responder a ese designio libre y amoroso de Dios dando los pasos pertinentes, uno a uno. Esto no quita que desde una perspectiva más amplia, convenga enmarcar el proceso formativo de la persona según las etapas de desarrollo psicosocial de todo ser humano o según las etapas de crecimiento en la vida espiritual, que ciertamente convendrá conocer.

#### **4. Formación inculturada y “contracultural”**

La cultura en la que vivimos tiene muchos elementos positivos así como también deficiencias. No somos ajenos a ella en nuestra manera de pensar, en nuestros deseos y expectativas. Por ello tenemos que hacer un particular discernimiento y conversión para que Cristo sea realmente nuestro centro, nuestra vida, nuestro maestro. Por otra parte no hemos de ignorar que las bienaventuranzas como también los consejos evangélicos -particularmente el celibato- son siempre

---

<sup>23</sup>Teresa de Ávila, *Las Moradas*, Sextas, Cap. 10, 7.

contraculturales y, al mismo tiempo, respuesta a los anhelos más profundos del corazón humano. El estilo de vida del laico consagrado puede resultar extraño para algunas personas. Este hecho no debe sorprendernos sino que debemos asumir que el seguimiento de Cristo es un reclamo para todo ser humano. No debemos mimetizarnos con el ambiente, sino vivir fieles a nuestra identidad y vocación. Debemos mostrar que es posible vivir con radicalidad el Evangelio, la vida de Cristo, en este mundo. De esta forma nos convertimos en auténtico signo escatológico y profético. Y así, sin distintivo externo, somos signo de Cristo, huella de la Trinidad en la historia<sup>24</sup>, memoria de Él entre los hombres.

Sin duda hemos de reconocer y asumir los valores positivos de toda cultura, empezando por la propia, teniendo como criterio a Cristo. Jesús mismo nos enseña a evangelizar la cultura, a “llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas”<sup>25</sup>, a ser “creadores” de cultura. Aspiramos a que Cristo mismo se haga presente en todos los ambientes, incluso en los aparentemente más alejados de la Iglesia, lo cual requiere que, en fidelidad a nuestra identidad, aprendamos a dialogar particularmente con los jóvenes y con los creadores de cultura.

### **5. Formación integral<sup>26</sup> e integradora hacia la plena madurez en Cristo**

La formación ha de ser integral e integradora para vivir unitariamente la propia vocación, sin segmentarla. En varios documentos eclesiales y en nuestros propios Estatutos se habla de esta formación integral, que incluye la formación espiritual, humana, intelectual y apostólica o pastoral, y que tiene como lugar central la vida espiritual. Al hablar de formación integradora nos referimos a que estas diversas dimensiones han de integrarse adecuada y armónicamente. No debe entenderse la formación integral como yuxtaposición de aspectos, pues el ser humano es uno, espíritu encarnado: su inteligencia, su voluntad, sus afectos e incluso los aspectos más exteriores del comportamiento no son “cosas” que se puedan formar por separado y luego ensamblar, sino que se realizan simultáneamente. El Espíritu Santo quiere transformar a toda la persona, en todas sus dimensiones, de manera gradual y armónica, haciéndonos semejantes a Cristo incluso en sus mismos sentimientos. Quiere de nosotros que alcancemos la “plena madurez de Cristo” (*Ef 4, 13*).

Esta madurez, que permite integrar todos los sucesos de la vida y juzgar todo desde Cristo, vendría a ser uno de los frutos del proceso formativo. Madurez que el Concilio Vaticano II caracteriza por la estabilidad de ánimo, la facultad de tomar decisiones ponderadas y el recto modo de juzgar sobre los acontecimientos y las personas<sup>27</sup>. Una persona consagrada madura, por tanto, es aquella que integra armónicamente la inteligencia, la voluntad y los afectos en su vocación. La recta formación de la conciencia<sup>28</sup> y de la afectividad, en consonancia con la propia

---

<sup>24</sup>*Vita consecrata*, 20

<sup>25</sup>cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 73

<sup>26</sup>Integrar quiere decir vincular diversos planos de la realidad y valorar debidamente la función que cada uno ejerce en el conjunto, considerando su jerarquía (cf. Alfonso López Quintás, en “Cómo lograr una formación integral”, San Pablo, Madrid, 1996, p. 57). El amor es la clave de la integración en el ámbito educativo según López Quintás.

<sup>27</sup>cf. Conc. Vaticano II, Decreto conciliar *Optatam Totius*, 11

<sup>28</sup>El Catecismo de la Iglesia Católica al hablar de la formación de la conciencia (n.1784) dice: “La educación de la conciencia es una tarea de toda la vida. Desde los primeros años despierta al niño al conocimiento y la práctica de la ley interior

vocación, son clave para alcanzar esta madurez. Las personas maduras saben amar, saben ser libres.

## **6. Formación interior y en las virtudes**

Fruto de la acción del Espíritu Santo, el consagrado va desarrollando una vida interior -la vida divina- caracterizada por las virtudes teologales. La formación interior es siempre una respuesta libre a un Dios. Para ello, la Asociación de los laicos consagrados del *Regnum Christi* propone a sus miembros una serie de medios para crecer en su vida espiritual, en particular a través de la recepción de los sacramentos, la dirección espiritual y la práctica de la oración. Se busca también propiciar las disposiciones adecuadas para acoger la acción de la gracia: silencio interior, ascesis y abnegación en el cumplimiento de la voluntad de Dios, hábito de examinarse interiormente, de discernimiento, contrición por las propias faltas. La formación interior requiere docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo que llama y exige. La colaboración con la gracia, con el Espíritu Santo, requiere también espíritu de lucha de parte del formando (expresión de la auto convicción), delicadeza y docilidad para seguir sus inspiraciones. Las virtudes son fruto de esta colaboración, de esta *synergia* con el Espíritu Santo. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu (cf. Gal 5, 25). Las virtudes forjan el carácter y dan soltura en la práctica del bien<sup>29</sup>.

Las virtudes son necesarias en la formación, pero no son en sí mismas el objetivo último que hemos de buscar sino, como ya se ha dicho, Cristo mismo: fin y objetivo de toda formación: la vida en Dios. Ha de ser la belleza de este ideal de Cristo, lo que atraiga la inteligencia y mueva la voluntad hacia la comunión en Él y con Él. En cierto modo formarse es convertirse, vaciarse de sí y llenarse de Él sabiendo que hemos sido creados para ser “otros Cristos”. Todo lo demás es secundario o, mejor, ha de valorarse en “tanto cuanto” me lleva a este fin.

## **7. Formación para el discernimiento**

En el proceso de maduración de la vocación es necesario crear el hábito connatural del discernimiento de la voluntad de Dios que permita tomar decisiones rectas y maduras en las diversas situaciones a las que el laico consagrado se debe enfrentar de acuerdo con su propia identidad y misión. Formarse en el buen discernimiento, ayudará también al correcto discernimiento vocacional, al cual se alude en el número 33 de los Estatutos.

Discernir consiste en reconocer lo que quiere de nosotros el Espíritu Santo, lo que viene de Él y lo que no viene de Él. Para ello se necesita oración y vida de gracia así como una “santa indiferencia” entendida como docilidad para querer lo que Dios quiere para nosotros. La formación para el discernimiento conduce al hábito –virtud– por el cual uno aprende a interpretar el “lenguaje” de Dios y sus mociones, como también lo que viene del Maligno o de las pasiones. El

---

reconocida por la conciencia moral. Una educación prudente enseña la virtud; preserva o sana del miedo, del egoísmo y del orgullo, de los insanos sentimientos de culpabilidad y de los movimientos de complacencia, nacidos de la debilidad y de las faltas humanas. La educación de la conciencia garantiza la libertad y engendra la paz del corazón”.

<sup>29</sup>cf. Catecismo de la Iglesia Católica n. 181

discernimiento desenmascara la mentira y las falsas seguridades; requiere, en ocasiones, un verdadero combate espiritual<sup>30</sup>.

Por otra parte, hay que tener presente que el ejercicio de discernimiento es siempre eclesial y no meramente “privado”. De ahí que para un buen discernimiento se necesite recurrir a la ayuda de la Palabra de Dios y de mediaciones humanas (directores, compañeros, normas de la Iglesia y de la Asociación). Muchas veces el discernimiento resulta arduo o conlleva un largo tiempo, ya sea porque el Señor revela sus caminos poco a poco, o porque la persona tarda en reconocerlos. No hay que olvidar que los directores también tienen que realizar un discernimiento y no suponer de antemano que “tienen” todas las respuestas.

### **8. Formación para la misión**

Esta formación está al servicio de los hombres a quienes servimos, al servicio de todo el Pueblo de Dios, para que Cristo reine en los corazones de todas las personas. Formación y misión no están separadas: somos discípulos misioneros. Más aún, nos formamos para colaborar con el Señor en la formación de apóstoles, de líderes, lo cual implica que nuestra formación ha de ser completa y sobresaliente en orden a la misión, movidos por el amor. Desde esta perspectiva se entiende la formación del liderazgo que consiste en desarrollar los propios talentos y los de los demás al servicio del reinado de Cristo. No sería correcto sacrificar la formación por una malentendida humildad o simplemente por falta de tiempo.<sup>31</sup> Desde el principio el *Regnum Christi* ha identificado como un elemento importante de su carisma apostólico el trabajo con aquellos que tienen mayor influencia en los demás. Quedaría comprometida nuestra misión si falláramos en este aspecto. Pero tampoco podemos estar ajenos a la realidad de quienes son menos favorecidos y hemos de aprender, asimismo, a estar con los pobres y necesitados, dejándonos evangelizar por ellos y participando con ellos en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Nuestra misión requiere una formación muy rica. Ante todo en la vida interior y en la identificación con nuestra condición de consagrados a través de la formación de un corazón célibe, pobre y obediente; de una mirada que sabe orar y descubrir a Dios en medio de las realidades temporales; del discernimiento sobre cómo actuar en todo tipo de situaciones; y de la coherencia para vivir conforme a la propia identidad sin complejos.

La misión también requiere de una formación universitaria, preparación profesional con espíritu de servicio, comprensión del mundo y la cultura en la que vivimos, capacidad de diálogo con personas de mentalidades diferentes. Nuestra misión apostólica implica evangelizar, comunicar el amor de Dios en un “lenguaje” inteligible a los hombres de hoy, y al mismo tiempo, dejarnos evangelizar por el

---

<sup>30</sup>cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2847 y ss.

<sup>31</sup> Sobre el liderazgo cristiano puede iluminar lo que dice el documento Orientaciones pastorales 2014-2020 de la Conferencia Episcopal Chilena, en su número 27d: “Los apóstoles anunciaron a Jesús como “Jefe” y salvador, que lleva a la vida (Hc 3,15; 5,31), cargando sobre sus hombros las necesidades de todos, con compasión. Cada creyente y cada comunidad cristiana están llamados a ejercer un cierto liderazgo en este sentido (...) Un buen líder no es el que manda sino el que comprende desde dentro y se hace cargo de las necesidades de los demás. Por eso su palabra es creíble, es pertinente, es escuchada, da confianza y es obedecida con afecto. Es cercano, es alguien que no se desentiende de ningún dolor ni sufrimiento”.

Señor quien nos habla en el “lenguaje” de otros hermanos nuestros quienes, quizás sin darnos cuenta, son también maestros.

Como laicos consagrados que somos nuestro trabajo es apostolado. Estamos llamados a trabajar y a trabajar bien, y así colaborar con la obra de Dios en el mundo. Nuestro estilo de vida es el de personas que trabajan, competentes en la realización de sus obligaciones profesionales, responsables con las tareas que han asumido y con sus deberes ciudadanos. El trabajo bien hecho nos ayuda a identificarnos con Jesús, laico consagrado.

### **9. Formación comunitaria**

La auténtica formación cristiana es siempre comunitaria porque el cristiano es Iglesia, es decir, asamblea de los convocados por Dios, Pueblo de Dios. El cristiano, el laico consagrado, es llamado a ser miembro del Cuerpo de Cristo y por lo mismo unido a los demás hombres, sus hermanos. Está llamado a ser, como la Iglesia misma, signo e instrumento de la comunión con Dios y con los hombres. Particularmente una comunidad de consagrados “no es un simple grupo de cristianos que buscan la perfección personal. Mucho más profundamente, es participación y testimonio cualificado de la Iglesia-Misterio, en cuanto expresión viva y realización privilegiada de su peculiar «comunión», de la gran «*koinonía*» trinitaria de la que el Padre ha querido hacer partícipes a los hombres en el Hijo y en Espíritu Santo”<sup>32</sup>.

Nuestra naturaleza caída y la misma cultura en ocasiones nos arrastran al individualismo o bien al mimetismo o imitación acrítica del ambiente. La formación ha de reconocer estas tendencias y responder adecuadamente. La oración, la vida litúrgica, la vida de comunidad, la realización de la misión apostólica, tienen una dimensión comunitaria y eclesial que el formando ha de descubrir, valorar y asumir. Pertenecer a una comunidad implica asumirla como don y como tarea, y por tanto contribuir con los propios talentos, incluso económicamente. Implica trabajar con y por la comunidad, comprometiéndose en el proyecto comunitario.

En esta formación en comunidad tienen vital importancia la Eucaristía y la Palabra de Dios como ejes sobre los que gira la vida comunitaria y conducen a la comunión.

En la comunidad aprendemos a ser mejores sin pretender ser los mejores. Aprendemos a dialogar sin rehuir los conflictos, dentro de un clima de confianza, donde es posible expresar los propios sentimientos y reconocer las propias limitaciones.

### **10. Formación en la fisonomía exterior**

La formación “exterior” o “social” es una dimensión de la formación integral y es expresión del proceso de transformación en Jesucristo, modelo también en este aspecto. La fisonomía externa debe ser expresión de lo que hay en nuestro interior

---

<sup>32</sup>Cf. Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, Instrucción “*La vida fraterna en comunidad*”, 2.

y no reducirse a la forma de “presentarnos”. Nuestro modo de comportarnos ha de ser reflejo del modo de comportarse de Cristo mismo que vive en nosotros. Implica una serie de virtudes morales prácticas (el orden, la puntualidad, la formalidad bien entendida, la austeridad, el aprovechamiento del tiempo); así como espíritu de lucha, formación de hábitos y coherencia del formando.

La formación en virtudes sociales también está unida a nuestra misión. Como ya hemos mencionado, identidad y misión van juntas. Por un lado nuestra fisonomía exterior comunica a los demás algo de lo que somos, de nuestros valores y aspiraciones (y no está de más preguntarse periódicamente qué comunico con mi fisonomía exterior). Por otro lado nos capacita para entrar en comunicación con los demás y realizar las tareas que hemos asumido como laicos consagrados del *Regnum Christi*.

Hay aspectos de la formación en la fisonomía exterior que han de adaptarse a las circunstancias de tiempos y lugares, como son la forma de vestir, de saludar, de etiqueta y de urbanidad. Hemos de reconocer que nuestra vida está inserta en una serie de comunidades, con su cultura peculiar y sus reglas de comportamiento, que no hemos de menospreciar. La caridad y la verdad, en orden a la comunión, es siempre la regla suprema que nos ayuda a discernir qué conviene hacer en cada momento. Sin embargo, hemos de asumir también que nuestra condición consagrada, nuestros Estatutos y nuestras normas complementarias, trazan un estilo propio de vida y de comportamiento queridos por Dios y no simplemente opcionales. Los avisos e indicaciones de los responsables de comunidad, y el proyecto comunitario, ayudan a concretar estos principios generales.

### **11. Formación permanente**

La formación permanente busca ayudarnos a vivir cada etapa de nuestra vida, incluso cuando nuestras fuerzas físicas o psicológicas son escasas (lo cual no se reduce sólo a la ancianidad). No es la simple actualización teológica o cultural, ni tampoco es algo que se “recibe” cuando ya no se necesita. Más bien es preparación para vivir los nuevos retos, no sólo pastorales, con nueva vitalidad y madurez. Es “desaprender” para aprender, si fuera el caso.

La formación permanente incluye la adquisición de elementos intelectuales, el desarrollo de nuevas habilidades y virtudes; pero también requiere que la oración personal y la dinámica comunitaria se adapten a las nuevas circunstancias de vida.

El cuidado de la salud, como bien que ponemos al servicio de Cristo y de los hombres, es responsabilidad de cada uno y se puede considerar parte de la formación permanente, en todas las etapas de la vida. Este cuidado requiere conocerse a sí mismo, los propios límites y necesidades especiales (p.e. de alimentación o de descanso) que van modificándose con el paso del tiempo. Nuestro estilo de vida es exigente y por lo mismo requiere un buen cuidado de la salud<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> El Papa Francisco, en la Misa crismal del jueves santo de 2015, ofrece unas reflexiones sobre cómo aprender a descansar quienes por vocación están llamados a dar su vida por los demás.



La formación permanente, para ser tal, debe procurarse también a través de la misma vida comunitaria ordinaria. La comunidad debe ser escuela continua de vida interior, de madurez humana, de doctrina humana y cristiana, y de apostolado.

### **C. Agentes y ámbitos de la formación de los laicos consagrados del *Regnum Christi***

Si bien buena parte del Magisterio se orienta a la formación de los consagrados en vida religiosa, es posible, análogamente, encontrar algunas pistas de reflexión acerca de los agentes y ámbitos de formación de los laicos consagrados<sup>34</sup>. También es de gran importancia tomar en consideración lo que el Magisterio pide para la formación del laicado católico, particularmente la *Christifidelis Laici*<sup>35</sup>. Hemos de unir ambos aspectos en unidad, sin esquizofrenias. Hemos de asumir con autoconvicción, responsabilidad y confianza en la acción de Dios nuestra propia formación para llegar a ser formadores de otros<sup>36</sup>.

#### **1. Agentes principales: Dios y la persona consagrada**

##### *El Espíritu Santo y la respuesta libre y responsable de la persona consagrada*

Dios es el que llama y es el que educa; el Espíritu Santo es el artífice, el agente principal de nuestra transformación interior que al consagrarnos hemos aceptado como el Amor y Señor de nuestra vida. Pero sin nuestra libertad, sin la colaboración libre y responsable del consagrado, la acción de Dios queda estéril. Por ello es esencial que la persona consagrada quiera formarse, tenga una actitud de lucha y de crecimiento constante en su formación a lo largo de toda su vida, incluso de conversión. El modelo de esta colaboración libre es Jesucristo que busca, con amor de oblación, hacer la voluntad del Padre hasta dar la vida por “los suyos”. El amor de oblación es el amor de quien se ofrece “como oblación y víctima de suave aroma” (*Ef 5, 2*) como Cristo mismo en la Cruz.

##### *Discernimiento espiritual en la formación*

Colaborar así con Él requiere humildad y un adecuado discernimiento espiritual que está en la base de la obediencia cristiana: respuesta a una escucha de Dios. Sólo así podemos reconocer la presencia del Espíritu en todos los aspectos de nuestra vida e historia, y a través de las mediaciones humanas<sup>37</sup>. La apertura a

---

<sup>34</sup> Se sigue fundamentalmente lo que la señala la Instrucción *Potissimum Institutionis* (CIVCSVA) al respecto.

<sup>35</sup> Los números 59 y ss. tienen como título “una formación integral para vivir en la unidad”. La formación ha de ser integral y ha de ayudar a vivir en unidad la condición de ciudadanos de la sociedad humana y miembros de la Iglesia, sin fractura entre fe y cultura o “vidas paralelas”, pues en todos los campos de la vida “laical” se revela y realiza el amor de Cristo, y es ahí el “lugar histórico” donde se ha de ejercitar la fe, la esperanza y la caridad. Esta formación integral, siguiendo el n° 4 de *Apostolicam actuositatem* (Conc. Vaticano II), ha de incluir la formación en la conciencia social (según la doctrina social de la Iglesia), la competencia profesional y el sentido cívico así como la probidad, la justicia, la sinceridad, la cortesía y la fortaleza de ánimo, sin las cuales ni siquiera puede haber verdadera vida cristiana. En el número 63 indica que se considere la propia cultura local en dicha formación.

<sup>36</sup> Dice la Exhortación apostólica *Christifidelis Laici*, n. 63: “Cuanto más nos formamos, más sentimos la exigencia de proseguir y profundizar tal formación; como también cuanto más somos formados, más nos hacemos capaces de formar a los demás. Es de particular importancia la conciencia de que la labor formativa, al tiempo que recurre inteligentemente a los medios y métodos de las ciencias humanas, es tanto más eficaz cuanto más se deja llevar por la acción de Dios: sólo el sarmiento que no teme dejarse podar por el viñador, da más fruto para sí y para los demás”.

<sup>37</sup> Cf. Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, Instrucción *Potissimum Institutionis*, 19.

un guía espiritual entra en este ejercicio de colaboración y reconocimiento de las mediaciones humanas; es un agente importante, pero que no supe a los principales: Dios que llama y la persona humana que responde en un diálogo salvífico.

#### *La oración y la fe en la formación*

La oración es indispensable para que se dé este diálogo salvífico. La oración misma puede considerarse un diálogo de fe y amor entre Dios y el hombre. Por ello el proceso formativo requiere que seamos orantes, que aprendamos a orar, que hagamos de la Palabra de Dios nuestro alimento y guía. Ciertamente la oración es un don de Dios pero también es un arte y un combate espiritual, y por ello, desde el inicio de la vida de consagración, hemos de dedicarnos a la oración y llegar a ser “expertos” en oración, no teóricamente sino en la práctica.

#### *Las normas y su lugar en la formación*

Los Estatutos y las normas de los laicos consagrados del *Regnum Christi* son mediaciones humanas autorizadas, imperfectas, “pedagógicas”, pero, al mismo tiempo, vinculantes para quienes han emitido sus votos en la Asociación<sup>38</sup>. Las normas protegen valores y orientan hacia el ideal cristiano propio de la Asociación. El formando ha de interiorizar estos valores y desarrollar las virtudes que le permitirán vivir con libertad de espíritu sin caer en el peligro del formalismo (p.e. asumir que el “buen cumplimiento” es sinónimo de santidad) como tampoco del subjetivismo o de un espiritualismo que desdeñe la fidelidad. La obediencia es un ejercicio de libertad, y por tanto de la inteligencia y de la voluntad, por el que se busca la unión a Dios y a su querer. La obediencia no consiste tanto en decir “sí” al Padre sino en hacer su voluntad como nos enseña Jesús con su palabra (cf. Mt 21, 28-32; Mt 7, 21) y con su vida (cf. Mt 26, 39)

Es de esperar que el laico consagrado, según va avanzando en su formación, vaya interiorizando los valores y el estilo de vida propios de manera que se habitúe a juzgar y vivir con autoconvicción, según un conocimiento connatural del evangelio y de la propia espiritualidad. De esta manera, el discernir no se transforma en un pretexto o sofisma para elegir lo más cómodo sino lo mejor; se hace discernimiento auténtico. Las normas son un punto de partida que el Espíritu Santo invita a sobrepasar con impulso generoso hacia la santidad que Dios “quiere” para cada consagrado.

#### *Carismas personales y carisma institucional*

Cada persona posee carismas y talentos personales dados por Dios para beneficio propio y de la Iglesia que ha de desarrollar en consonancia con el carisma o estilo de vida propio de la Asociación. El mismo Dios que llama a una vocación como laico consagrado del *Regnum Christi* es quien otorga los carismas y talentos. En ocasiones puede darse cierta dificultad para armonizar adecuadamente el carisma personal y el carisma institucional. Se requiere un buen discernimiento y acompañamiento para lograr esta conciliación. Todo el proceso formativo debe

---

<sup>38</sup>Cf. Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, Instrucción “*El servicio de la autoridad y la obediencia*”, 9.

ayudar a esta conjunción armónica que respeta el plan de Dios para cada persona y sabe reconocer lo que viene de Dios o del mal espíritu.

### *María en la formación*

No podemos olvidar que María ocupa un lugar especial como compañera del formando y también como modelo de persona consagrada que supo colaborar con el Espíritu Santo dejándose formar y transformar por Él. Además, María es madre del cristiano, y como tal juega un papel clave en la vida afectiva y sobrenatural del laico consagrado. Necesitamos relacionarnos con ella con sencillez de hijos y con ternura. Más que forzar una piedad dulzona se trata de descubrir la presencia y acción de María en la propia vida para de ahí pasar al agradecimiento, a una alianza de vida y a un amor real confirmado con las obras.

## **2. Los formadores y el acompañamiento.**

### *Necesidad de la ayuda de otros en la formación*

Son necesarias las mediaciones humanas en el ámbito de la formación pues nadie se forma solo. De otros aprende la propia identidad, a amar y a saberse amado, a insertarse en una sociedad y en una cultura determinada. En ese sentido, todos somos formadores de los demás. Especialmente en la vida de comunidad todos estamos llamados a ser hermanos y, por ende, compañeros en el camino de la vocación.

### *El acompañamiento del formador como elemento carismático del Regnum Christi*

En el camino de la vida contamos con la ayuda de otras personas que caminan a nuestro lado. Acompañar implica “ir con” alguien e “ir hacia” una meta:meta que en última instancia es el encuentro con Dios, la plenitud vocacional en la verdad y en la libertad. En el *Regnum Christi* tenemos un modo propio de realizar este “arte del acompañamiento” del otro<sup>39</sup> que el formador ha de aprender y desarrollar. Se puede decir que el acompañamiento personal y comunitario son característicos la formación en el *Regnum Christi*. Formación que se caracteriza por el trato personal, la motivación aunada a la exigencia, el proponer metas e ideales elevados y a la vez realistas, la presencia cercana y la confianza, el seguimiento de los medios propuestos, la retroalimentación franca, la caridad fraterna entre todos los miembros de la comunidad, entre otras. Este modo propio ha de ser asimilado por el formador de manera que sepa aplicarlo de forma natural. Es entonces cuando podemos decir que el mejor método no es una receta o una serie de “instrucciones” a nuestra disposición, sino un buen formador. “El método y el camino es alguien, no es algo. Es un nosotros, un encuentro entre personas”<sup>40</sup>.

Con relación a este “arte del acompañamiento” el Papa Francisco destaca que el formador ha de desarrollar la capacidad de escucha y comprensión del “otro”, la paciencia y la compasión, la docilidad al Espíritu Santo de manera que se pueda

---

<sup>39</sup> Cf. *Evangelii Gaudium*, 169: Es preciso aprender a “quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro”, dirá el Papa Francisco en este mismo número. Y más adelante, en el 172: “el otro es un misterio que nadie puede conocer desde fuera”.

<sup>40</sup> Cf. ECyDbook, publicado por el Centro de Estudios para la Adolescencia y Juventud y la Universidad Francisco de Vitoria en Pozuelo de Alarcón, Madrid, 2012, p. 126.

encontrar la palabra y el gesto oportunos que permitan la apertura y confianza, el genuino crecimiento y la respuesta libre al amor de Dios<sup>41</sup>. No olvidemos que para obtener confianza de alguien es preciso antes darle confianza, confiar en el otro. Por lo general confiamos en las personas que confían en nosotros.

#### *Fin del acompañamiento: la plenitud vocacional en la libertad*

La labor formativa busca el desarrollo de las habilidades y talentos de cada uno con miras a su plenitud vocacional en la verdad y en la libertad. El acompañamiento y el desarrollo del liderazgo van de la mano; el formador ha de evitar que se genere una relación de dependencia, incluso inconsciente. Debe buscar más bien que el formando asuma la responsabilidad de su vida. Más que darle las respuestas, le ayuda a que se haga las preguntas y encuentre por sí mismo las respuestas correspondientes. Siguiendo el esquema del encuentro con Cristo, se busca que quien se forma aprenda “a ver, a juzgar y a actuar”. O, como se indica en el ECyDBook, adquiera convicciones y asuma decisiones a partir del encuentro con Dios, consigo mismo y con los demás. Estas decisiones libres y habituales conforman las virtudes que llegan a ser una segunda naturaleza, una mayor plenitud. Siguiendo su etimología, una “fuerza” que permite actuar con más libertad.

#### *Acompañamiento y aprender a caminar*

Quien camina inevitablemente tendrá caídas, fracasos o momentos donde se sienta desfallecer. El buen formador lo sabe y está cerca; sabe salir al encuentro, como hermano, como buen samaritano. Como padre y buen pastor sabe esperar, sabe perdonar, sabe acoger y cargar sobre sí, sabe respetar las decisiones sin paternalismos malsanos. El formador debe dejar el espacio suficiente de confianza al formando para que pueda manifestar quién es realmente y para que pueda responsabilizarse de su propia formación. Es preciso que quien camina aprenda tanto de sus errores como de sus aciertos, aprenda a confiar en sí mismo y en Dios, aprenda a “caminar sin muletas”. Como señala el Papa Francisco, el buen formador ayuda a que el formando aprenda a caminar y a asumir riesgos con magnanimidad<sup>42</sup>. Debe, sin embargo, estar atento a las manifestaciones de posibles psicopatologías para poder acompañar y, en su caso, intervenir, buscando en todo momento el bien de la persona por sobre toda otra consideración.

#### *Acompañamiento en la oración y en la espiritualidad*

Si bien ha de buscarse que los directores espirituales sean maestros de oración, capaces de enseñar a orar, no debe olvidarse que el Maestro de oración por excelencia es el Espíritu Santo y a Él han de atender el director espiritual y el dirigido. Existen muchos manuales y libros que ayudan a enseñar a orar, pero cada quien ha de aprender a hacerlo viendo al Maestro. La oración cristiana -no lo olvidemos- ha de ser en Jesús y en la Iglesia. Y la oración del laico consagrado,

---

<sup>41</sup>cf. *Evangelii Gaudium*, nn. 171 y 172.

<sup>42</sup>cf. Francisco, Discurso del 7 de junio de 2013: “Al educar existe un equilibrio que hay que mantener, equilibrar bien los pasos: un paso firme en el marco de seguridad, pero el otro caminando por la zona de riesgo. Y cuando ese riesgo se convierte en seguridad, el otro paso busca otra zona de riesgo. No se puede educar sólo en la zona de seguridad: no. Esto es impedir que crezcan las personalidades. Pero tampoco se puede educar sólo en la zona de riesgo: esto es demasiado peligroso. Este equilibrio de los pasos, recordadlo bien”

como su misma vida, ha de tener el doble movimiento descendente y ascendente: encontrar a Dios en el mundo y acercar el mundo a la visión de Dios.

La contemplación y la acción no son dos momentos yuxtapuestos sino que se es contemplativo en la acción y activo en la contemplación. Por la encarnación sabemos que todo lo humano ha sido santificado y que todo auténtico amor es de Dios. El *Regnum Christi* ha de ser escuela de amor y escuela de espiritualidad que nos ayude a descubrir y amar a Dios en todo, como Jesús. El acompañamiento de los formadores ha de ayudar a dar sentido a todo lo que hacemos, a lo que nos sucede, a lo que somos. El laico consagrado ha de ser experto en espiritualidad por su experiencia de Dios y del hombre.

#### *Acompañamiento vocacional*

El acompañamiento busca que el acompañado realice en plenitud su vocación, sea cual sea. Por ello, en cierto modo todo acompañamiento es vocacional. Ahora bien, en ciertos momentos de la vida puede requerirse un acompañamiento vocacional especial para que la persona descubra y discierna su vocación. Esto es claro en la admisión y los primeros años de formación, pero puede darse en otros momentos. Puede incluso darse un proceso de discernimiento vocacional que concluya en la salida de la Asociación; momento para el que han de estar preparados tanto la persona consagrada como el director espiritual, el responsable de comunidad y eventualmente el responsable territorial o general. Conviene recordar que en estos procesos es importante que la persona que discierne encuentre serenidad, evite la precipitación e intensifique su oración y su sentido sobrenatural para descubrir qué quiere Dios de él. Conviene también que intensifique los medios ascéticos y rompa con aquello que le pueda restar libertad. Además de la ayuda del director espiritual, quien está en un proceso de discernimiento vocacional, ha de contar con el acompañamiento eclesial, con la mediación de la propia Asociación representada en el responsable de comunidad, territorial o general. Son ellos quienes, de parte de la Iglesia, tienen la encomienda de dar un juicio a la eventual solicitud de indulto de salida. Al igual que se necesita fe para iniciar el itinerario vocacional en la Asociación, se requiere fe para continuar la propia vocación fuera de ella.

#### *Acompañamiento en el trabajo/apostolado*

Todo trabajo es un servicio que exige y pone a prueba nuestra formación. Generalmente el trabajo apostólico nos pone en relación con otras personas y requiere de nosotros una capacitación permanente. Muchas veces tendremos personas a nuestro cargo y, por lo mismo, requeriremos acompañarles para que realicen su tarea adecuadamente. Los principios que hemos desarrollado en este Plan pueden adaptarse para este fin. La tarea de acompañamiento apostólico no se reduce sólo al director directo del consagrado sino que abarca a muchas otras personas en la obra de apostolado o trabajo (incluso subordinados), y evidentemente también al propio responsable de comunidad, al responsable territorial, al director espiritual u otra persona que funja como mentor o *coach*. No se descarta que en ciertas situaciones se necesite un diálogo entre el responsable de comunidad y el responsable del apostolado por el bien de la persona

acompañada, por ejemplo, cuando surgen tensiones entre la dinámica comunitaria y la de la obra de apostolado.

#### *Acompañamiento de toda la comunidad*

Cada miembro de la comunidad ha de considerarse a sí mismo formador de sus hermanos y aprender de los demás en orden a su propia formación. Ha de mirar al hermano como a “otro Cristo” y acompañarlo en su vocación. La comunidad así entendida “es formadora en la medida en que permite a cada uno de sus miembros crecer en la fidelidad al Señor según el carisma del instituto”.<sup>43</sup> Es formadora cuando favorece el diálogo franco y constructivo, el salir de sí mismo para encontrarse con el otro para dar, recibir y compartir. Es formadora cuando se busca aprender del otro o, como diría san Benito en su Regla (n. 71), “los hermanos porfían por obedecerse mutuamente y no sólo al abad”.

### **3. Ámbitos donde se desarrolla la formación**

#### *El ámbito de la Iglesia y, en ella, del Regnum Christi*

El ámbito fundamental donde se desarrolla la formación es evidentemente la Iglesia y el propio Movimiento *Regnum Christi*. Por ello el proceso formativo ha de asegurar que el formando adquiera un “sentido” (*sensus*) de Iglesia y del Movimiento. La convivencia con personas de Iglesia (laicos, consagrados, clérigos) ayudará mucho a adquirir dicho *sensus* y a evitar la autorreferencialidad. Por ejemplo, puede ser de gran valor que conozcan y apoyen en el plan pastoral de la diócesis o que participen activamente en alguna parroquia en la medida de las posibilidades. Pero también convendrá, para evitar este mismo peligro a otro nivel, convivir con hombres y mujeres de buena voluntad y que pueden aportar su visión de algunos aspectos de la Iglesia desde fuera de ella.

#### *El ámbito de la sección y de la localidad del Regnum Christi*

Nuestra vocación de laicos consagrados del *Regnum Christi* se desarrolla también en las secciones y en una localidad. Todos estamos llamados a participar en la vida de la localidad del *Regnum Christi* y a integrarnos en ella con nuestra vida y apostolado. También como comunidad hemos de propiciar una cercanía particular con las personas que colaboran en las obras y secciones de la localidad, conociendo la marcha de sus apostolados, participando en sus principales actividades y celebraciones e invitándoles a conocer nuestra vida. La relación con los demás miembros del *Regnum Christi* nos ayudará a comprender y vivir mejor nuestra vocación.

#### *El ámbito de la comunidad*

Toda comunidad cristiana está llamada a ser signo e instrumento de la comunión con Dios y con los demás por el amor. En ella el Señor se hace presente, más allá de las virtudes y defectos de quienes la integran. En ella el Espíritu Santo “forma” a cada miembro de la comunidad en “experto en comunión”, en signo de fraternidad. Esta experiencia de comunión se logra en el encuentro con los demás

---

<sup>43</sup> Cf. *Potissimum Institutionis*, 27.

y en el encuentro con Dios que se ha de propiciar y que se ha de prolongar a los demás ámbitos. La comunidad, incluso desde el punto de vida sociológico, tiene una influencia formativa importantísima en el ámbito de los valores. Es una influencia a menudo inconsciente, pero no menos real y profunda. Los miembros de la comunidad vienen a ser modelos, unos de otros, de los cuales se aprende el modo particular de ser y vivir en la Asociación, su cultura propia.

#### *La comunidad como escuela de caridad*

La comunidad -iglesia doméstica- es escuela de oración y de celo apostólico, escuela de caridad, *schola amoris*. En ella, como en las primeras comunidades cristianas, se aprende del Señor la buena nueva del evangelio del Reino, se aprende a amar. La comunidad favorece también la madurez afectiva y el desarrollo de la personalidad, incluso la virtud de la amistad. Como escuela de caridad, la comunidad ayuda a:

- Dialogar y a enriquecerse con las diferencias individuales y culturales.
- Sobrellevar las propias miserias tratando de no ser una carga para los demás.
- Aceptar con paciencia el modo de ser e incluso las limitaciones ajenas, y ser solidarios con los demás.
- Participar en la misión común, aportando los propios dones y colaborando con sencillez y humildad.
- Trabajar y responsabilizarse de los encargos recibidos, por amor.
- Compartir los bienes materiales y espirituales.
- Desarrollar relaciones de fraternidad y amistad.
- Salir de uno mismo para encontrarse con el otro.
- Insertarse efectivamente en la Iglesia local y en la cultura del país.

#### *Medios formativos comunitarios*

Dos medios formativos propios de la vida fraterna son el “encuentro con Cristo” y la corrección fraterna, sea individual o en comunidad. El “encuentro con Cristo” ha de verse como un medio para confrontarse con la Palabra de Dios que se expresa en la Sagrada Escritura y que ilumina los hechos de la vida y de la historia. Esto no obsta a que, atendiendo a las circunstancias particulares de una comunidad, se pudiese sustituir el encuentro con Cristo por la *lectio divina*, u otra actividad similar en que se dé el espacio necesario para el encuentro personal y comunitario con la Palabra de Dios.

La corrección fraterna, bien llevada, nos ayuda a conocernos mejor y a superar los propios defectos. Es también una ayuda a la comunidad. Requiere discernimiento espiritual, sincero amor, y sentido de oportunidad por parte de quien ofrece la corrección<sup>44</sup>. En la corrección fraterna el que corrige está dispuesto a ayudar al hermano, a superar su falta o dificultad; se implica en la vida del otro como el buen samaritano y, por otra parte, se sabe él mismo necesitado de corrección. Es más, la conciencia y el rechazo del propio pecado, lejos de eximir el deber de

---

<sup>44</sup> cf. Amedeo Cencini, *Como unguento precioso, Instrumentos para la integración comunitaria del bien y del mal*. San Pablo, Madrid, 2000, pp. 198-235.

corregir al hermano, son un acicate para la corrección fraterna. Corrección que puede adoptar diversas formas: una conversación fraterna, un mensaje escrito e incluso un momento de encuentro comunitario.

Jesucristo nos invita a realizar la corrección fraterna como *expresión* de amor y confianza en el otro (cf. *Mt* 18, 15-17). La corrección fraterna es, en cierto modo, un deber que no sólo afecta a quien desempeña un cargo (cf. *1Tes* 5, 14), sino a todo creyente animado por el Espíritu (cf. *Gal* 6, 1); obligación que se ha de practicar con amabilidad (cf. *Gal* 6, 1; *2Tim* 2, 24) hasta convertirse en servicio mutuo de todo creyente para con sus hermanos (cf. *Rom* 15, 14).

#### *El conflicto como experiencia formativa*

Cabe mencionar que en una comunidad son inevitables los conflictos en las relaciones mutuas entre los miembros o incluso con los directores. A este respecto nos puede servir de orientación lo que señala el Papa Francisco en su encíclica *Evangelii Gaudium*<sup>45</sup>. El conflicto en las relaciones humanas debe ser asumido como parte de la vida, no ignorado. Pero hay que buscar resolverlo con solidaridad, con caridad, transformándolo así en un eslabón de un proceso positivo de maduración, encontrando en el otro una complementación al propio modo de ser. De este modo surge una comunión más fuerte que se enriquece con las diferencias y las supera en Cristo. Pueden ayudar a resolver estos conflictos, algunos medios como son las reuniones de comunidad, el proyecto comunitario, la corrección fraterna o los avisos. Pero es sobre todo en el día a día, en la comunicación franca y fraterna, en la comunión orante de la Palabra y de la Eucaristía, donde se logra la comunión.

#### *La familia como ámbito formativo*

Otro ámbito formativo es la propia familia, la cual no deja de ser formadora del consagrado aunque ya no viva en la casa de sus padres. Aun cuando hay diferencias importantes entre una y otra familia, en general los padres y hermanos ayudan al adecuado conocimiento de uno mismo y a juzgar con realismo nuestro modo de comportarnos, incluso corrigiéndonos. La familia también es clave para la seguridad afectiva que todos necesitamos; ella nos ayuda a crecer y madurar en la propia vocación. La consagración no implica cortar la relación con la familia pero sí ajustar el modo de relacionarse. Implica desprendimiento y una cierta separación, pero por otro lado reclama que el consagrado aprenda a aportar su experiencia de Dios y de comunión. El responsable de comunidad, por su parte, conviene que conozca la situación particular familiar de cada uno de los miembros de su comunidad y que propicie el aprecio entre la comunidad y las familias.

#### *La obra de apostolado como ámbito formativo*

La obra en que se realiza alguna actividad apostólica es no sólo un lugar donde realizar la misión, sino también un espacio donde podemos formarnos.

---

<sup>45</sup>Cf. *Evangelii Gaudium*, 227: Ante el conflicto, algunos simplemente lo miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un Nuevo proceso. "¡Felices los que trabajan por la paz!" (*Mt* 5,9).



Particularmente, nuestros directores de apostolado son formadores. También lo son, en un cierto sentido, las personas con las que tratamos a diario, ya que el Espíritu Santo nos interpela por medio de ellas. En el plan de carrera como también en el diálogo personal con el responsable de comunidad conviene tener presente todo esto. En resumen, todo es ocasión de formar y de formarnos.

#### *La universidad, ámbito formativo*

La universidad es un ámbito formativo de gran valor para los laicos consagrados. En ella adquirimos la formación académica y profesional necesaria para la misión, pero también aprendemos a tratar con hombres y mujeres, a responsabilizarnos de nuestra formación, a ser apóstoles y hombres de oración en medio del mundo. En la universidad se fragua, en cierta medida, la mentalidad propia del laico consagrado y allí aprende en la práctica cuál es su vocación y misión. Por ejemplo, allí se aprende a tratar con hombres y mujeres que no son católicos o que son poco practicantes de su fe; se aprende a conectar con las categorías de pensamiento dominantes -muchas veces ajenas al cristianismo- y a encontrar cómo el Evangelio puede germinar en todas las culturas. El laico consagrado no se mimetiza con el ambiente sino que es levadura en la masa, consciente de su condición cristiana y del don que lleva en vasijas de barro.

La universidad, en su descripción clásica, es una comunidad de buscadores de la verdad. Del mismo modo las comunidades de laicos consagrados han de “respirar” un estilo universitario caracterizado por el amor a la verdad, el respeto y el diálogo mutuo, la madurez en los juicios, el aprecio por la cultura, la humildad, sencillez y sabiduría propias de quien reconoce sus limitaciones. El laico consagrado desarrolla así un modo de ser “universitario”, en cualquier ambiente, en su trato con los demás. Sus conversaciones, intereses e incluso el modo de descansar y el tiempo de “ocio” reflejan su “ser” universitario.

Su apostolado también lleva el sello de su formación universitaria. No se puede separar apostolado y formación pues van de la mano. El apostolado es, muchas veces, un acicate de la propia formación y es, siempre, “formación en acto”. Pero no cabe duda que la formación académica, presencial o a distancia, es de gran ayuda para el apostolado. El plan de carrera se ha de acompañar de un plan de formación que por lo general será también formación universitaria. Por la misión propia del laico consagrado en orden a la evangelización de la cultura, la formación permanente es crucial y esto le lleva a que nunca se separe de la universidad, nunca dé por terminada su formación universitaria.

#### **4. La retroalimentación y evaluación del proceso formativo**

##### *Importancia de la evaluación*

Como ya hemos mencionado, la evaluación es componente fundamental de un modelo formativo. Nos ayuda a conocer si se están logrando los objetivos, si los medios se aplican y coadyuvan al fin, si hemos de establecer correcciones o mejoras al proceso. Sin evaluación, que es un juicio a raíz de una medida cuantitativa o cualitativa, el itinerario formativo sería un caminar a ciegas.

### *Excesos en la evaluación*

La evaluación es algo inevitable e incluso inconsciente. Constantemente juzgamos si nuestras acciones nos acercan a nuestros objetivos. El proceso intelectual humano es así. En el ámbito de la formación conviene hacerlo sin caer en el peligro del exceso de evaluación o, peor aún, de una mala evaluación que juzga incorrectamente, sea antes de tiempo (y sobre esto habla la parábola del trigo y la cizaña), o midiendo con un instrumento inadecuado, como podría ser si se pretendiera medir el amor de una persona mediante un análisis de las reacciones del cerebro. Hemos de reconocer, además, que hay objetivos que no podemos medir, o que no tiene caso medir, o que incluso, es mejor no medir.

### *Tipos de la evaluación*

La evaluación puede dirigirse hacia el programa de formación y cada uno de sus componentes (incluyendo la labor del formador, las normas y el mismo plan general de formación), hacia el aprendizaje o formación que el formando que está recibiendo y/o hacia la institución en la que se forma. La evaluación puede hacerse antes, durante o después de la intervención formativa. Puede orientarse a la mejora del proceso formativo (evaluación formativa) o simplemente a aportar un juicio de valor que permita reconocer un logro mayor o menor del objetivo buscado (evaluación sumativa) como cuando se califica el resultado en un examen que es requisito para acreditar una materia. La evaluación puede ser cuantitativa o cualitativa, si bien sus límites nunca son precisos pues a fin de cuentas la formación de personas es siempre cualitativa. Dependiendo el qué evaluamos y para qué evaluemos habrá que determinar el tipo de evaluación que conviene utilizar.

### *Momentos de la evaluación*

Es deseable, aunque no siempre posible, evaluar antes, durante y después del proceso formativo. Por otra parte implica tiempo y dinero por lo que se requiere prudencia para discernir bien en qué momento conviene hacerlo. En nuestra cultura por lo general solemos evaluar a los formandos en los procesos de formación curricular, pero poco en los procesos formativos más complejos, en parte porque no contamos con herramientas o no las conocemos (p.e. pruebas psicométricas, técnicas de evaluación en el trabajo). En el diálogo formativo y en la relación con el director de apostolado debería considerarse esto.

### *Autoevaluación*

Es de suma importancia que cada quien evalúe de sí mismo los resultados que va obteniendo en su proceso formativo. Nuestra conciencia rectamente formada nos ha de ayudar a ello, para lo cual hemos de servirnos de los balances y los exámenes prácticos. Podemos también utilizar recursos externos (expertos, pruebas de evaluación, entre otros) y pedir retroalimentación a nuestros formadores. Toda evaluación sirve de poco cuando falta esta autoevaluación y el compromiso auténtico de mejorar, por amor. Lo cual se aplica a todos los ámbitos de la formación y por ello es bueno que se cuente con un programa de formación espiritual, intelectual, apostólica y humana que ayude a dar seguimiento a estos esfuerzos a través de los diálogos con los formadores. Es prudente revisarlos al

menos una vez al año e incluso mensualmente, sobre todo durante las primeras etapas de formación.

#### *Evaluación de la evaluación*

La evaluación ha de ser evaluada. Esto no es un juego de palabras sino algo muy necesario y que no se suele hacer. Hemos de revisar constantemente si nuestros sistemas de evaluación están ayudando al fin, comparándolos con otros modelos que podrían servir mejor para ello. También hemos de medir si nuestros sistemas de evaluación están generando un efecto negativo no previsto: que el formando se preocupe más por salir bien evaluado que por formarse bien. Los sistemas de evaluación, no lo olvidemos, nunca son neutrales y siempre están cargados de valores; y a veces llegan a ser tan importantes, que los mismos formadores, e incluso la institución, pasan a un segundo plano, por ejemplo cuando un esquema de acreditación o de evaluación externa es el que sanciona la bondad del proceso formativo.

#### **D. Algunas características de la formación previa de los jóvenes de hoy**

Antes de abordar el itinerario formativo de los laicos consagrados es conveniente tener en mente algunas características que son comunes a los jóvenes de hoy y por ende a los que piden iniciar un camino de consagración. Al hacerlo hemos de evitar etiquetas o generalizaciones fáciles y, más bien, considerar la singularidad de la persona, su situación actual, como punto de partida del proceso formativo.

Entre los jóvenes con inquietudes de consagración en el *Regnum Christi*, a nivel de **formación humana**, se constata una gran sensibilidad por las necesidades de los demás, amplitud de horizontes, ilusión, sinceridad en las relaciones interpersonales y creatividad. Sin embargo, hay que considerar que:

- a) Vivimos en una sociedad que busca las cosas inmediatas y fáciles y donde priman el sentimiento y los afectos en las decisiones.
- b) Nos encontramos en un mundo tecnológicamente hiperconectado y en el que la imagen está por sobre la palabra. Hay una sobreexposición a los medios de comunicación y eso lleva a ser más intuitivos, pero menos atentos y reflexivos.
- c) Un malentendido respeto a la persona y sus derechos en ocasiones puede llevar a un exagerado relativismo o individualismo y a dificultar que las decisiones sean perdurables en el tiempo. Fácilmente se abandonan los propósitos.

En el ámbito de la **formación intelectual** hay una positiva apertura a nuevas culturas y realidades, con sentido crítico, consecuencia de la globalización en la que vivimos. Sin embargo, se constata falta de estructura mental y argumentativa -a veces por pereza mental- que lleva a caer en las redes de la sofística.

En el **ámbito espiritual**, junto con el deseo de interioridad y de un encuentro personal con Cristo, puede darse una seria dificultad para entrar en una madura relación personal con Dios cuando en el hogar ha faltado una adecuada figura

paterna o materna. Además es común una cierta confusión en los temas morales y un rechazo de la ascesis que dificulta el crecimiento de la vida espiritual.

Por último, en el **ámbito apostólico**, junto con la sensibilidad hacia el que sufre, puede darse una tendencia a buscar aquellos apostolados más fáciles y de resultados inmediatos. Conviene tener presente las “tentaciones del evangelizador” de las que habla el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*<sup>46</sup>. Asimismo, ser conscientes que en muchos ambientes existe una cierta desconfianza hacia la Iglesia y sus estructuras.

Por otra parte en el comunicado enviado a la asamblea general de las consagradas del *Regnum Christi* y al capítulo general de los Legionarios de Cristo, se hablaba de algunas deficiencias y retos en la formación que han de considerarse en el programa formativo:

“Sabemos que *todo contribuye al bien de los que aman a Dios*”(Rom 8, 28). A la luz de las deficiencias de las que hemos tomado conciencia, nos hemos propuesto en nuestros estatutos y en nuestra vida: dar la prioridad a la gracia, evitando el voluntarismo y el eficientismo; poner nuestra confianza en Dios y su misericordia, sin basarnos en nuestra supuesta ejemplaridad o en el éxito humano; formar nuestra conciencia en la verdad y en la libertad; la correcta distinción de fueros; valorar los carismas personales e insistir en el acompañamiento personal; ayudar al sereno y correcto discernimiento vocacional; cuidar la jerarquía de las normas; aplicar los medios que la Iglesia pide para un correcto ejercicio de la autoridad, fomentando el espíritu fraterno entre todos y el espíritu de servicio en los directores; ejercitarnos en el discernimiento atento a buscar siempre el querer de Dios. Los Estatutos que hemos entregado a la aprobación del Delegado Pontificio tratan de ser una respuesta a este deseo de renovación.

Ante los retos que tenemos por delante, pensamos que Dios nos pide hoy a los consagrados:

- Humildad para reconocer nuestra necesidad de un cambio de mentalidad profundo, que esperamos alcanzar con la ayuda de la gracia.
- Paciencia para comprender las limitaciones propias y ajenas, así como aceptar que los cambios profundos requieren tiempo.
- Colaboración leal con todos nuestros hermanos en el *Regnum Christi*, particularmente con quienes compartimos más de cerca la misión apostólica y con quienes tienen responsabilidades directivas.
- Aprecio por todas las vocaciones en el *Regnum Christi*.
- Formación cristiana que nos ayude a vivir mejor nuestra vocación.
- Sencillez evangélica a la hora de afrontar y comunicar la verdad.

Sabemos que hay una promesa de bendición divina que esperamos alcanzar confiados en Quien nos ha llamado. Gracias por caminar junto a nosotros.

---

<sup>46</sup>*Evangelii Gaudium*, n. 76 a 109.

Deseamos que la renovación de todo el Movimiento constituya el inicio de una etapa nueva en nuestro camino de seguimiento de Jesucristo”.

El presente Plan general de formación quiere ser de ayuda a lo que pedía la asamblea general. Pero sería un error pensar que se trata simplemente de ajustar objetivos o medios. Sin duda esto hay que hacerlo, pero se trata de algo más, se debe dar un enfoque pedagógico nuevo, centrado en el acompañamiento y en el encuentro, el cual, dando la primacía a la gracia, nos permita comprender mejor que nuestra labor en la formación es de colaborar con el Espíritu Santo, como ya hemos repetido a lo largo de este Plan.

Colaboración que supone que cada uno asuma su responsabilidad. Sería ingenuo pensar que el Espíritu Santo nos va a formar sin que nosotros pongamos de nuestra parte la ascesis y el trabajo cotidiano de formación en las virtudes. Hemos de evitar los errores del voluntarismo y del formalismo (tan contrarios al verdadero cristianismo) pero sin caer en el otro extremo de la falta de voluntad y de la falta de formalidad (es decir el incumplimiento o despreocupación infantil ante las obligaciones asumidas). No bastan los buenos deseos, se requiere la respuesta de nuestra libertad al plan de Dios, como hizo María (*cf. Lc 1, 26-38*) y como Jesús nos propone en la parábola de los dos hijos (*Mt 21, 28-32*). No se trata de cuestionar la primacía de la gracia sino de comprender que sin nuestra respuesta, el proceso formativo resulta estéril, como la semilla en la parábola del sembrador (*Mt 13, 1-9*). Nuestra vocación es exigente y requiere exigencia a la par que confianza en Dios.

## **E. Objetivos formativos**

### *Conveniencia de que haya objetivos orientativos y comunes en la formación*

Es conveniente que haya objetivos -típicamente cognoscitivos, operativos y actitudinales- que sirvan como base para establecer un plan de formación en las distintas etapas de la vida del consagrado. Conviene recordar cuanto se decía al inicio de la formación como transformación en Cristo: en realidad el objetivo único y unificador es llegar a ser otro Cristo, por obra del Espíritu Santo. Los conocimientos, habilidades y virtudes nos interesan y atraen en orden a este fin.

### *Conveniencia de educar en las virtudes*

Las virtudes son hábitos operativos buenos, según la definición clásica. Son expresión de libertad y madurez. Son resultado del proceso formativo, una “segunda naturaleza” en las que la naturaleza humana y la gracia se conjugan de acuerdo con el principio de *synergia* del cual hemos hablado. Hemos de conjugar la formación en las virtudes con el camino de acompañamiento y encuentro propio del *Regnum Christi*. Lejos de contraponerse, se armonizan. Y ello sin olvidar que la caridad es la virtud suprema, es la vida misma de Dios.

### *Conveniencia de considerar la propia singularidad en la formación*

Conviene no olvidar que cada persona es única y que Dios es quien lleva a cada uno por un camino único. Hemos de evitar la pretensión de que todos los laicos

consagrados sean iguales o presionarnos inadecuadamente en orden a lograr unas “metas” o una ejemplaridad que pudieran no corresponderse con lo que Dios pide a cada uno. Tampoco sería sano ni realista pretender una supuesta perfección o excelencia en algún campo cuando no se cuenta con las dotes naturales o las circunstancias para desarrollar los propios talentos. Salvando lo anterior, conviene considerar este perfil u objetivos como orientativos del proceso formativo. Esto sin duda, supone por parte del laico consagrado el lograr un conocimiento de sí mismo lo más profundo posible, sin omitir ningún instrumento que pudiese ayudarle.

#### *Conveniencia de una formación polivalente*

La formación ha de tomar en cuenta la misión. Los apostolados a realizar por un laico consagrado pueden ser de diverso tipo, lo cual implica un reto formativo. Ha de aunarse una formación general (en conocimientos, habilidades y virtudes) y una especialización. Asimismo, ha de aunarse la consideración de las necesidades de la Iglesia y del *Regnum Christi* con los carismas, iniciativas y necesidades personales. Un laico consagrado, como Jesús, ha de “saber” estar con los pobres y con los ricos, con las personas más secularizadas y con las más piadosas, con los poderosos y con los marginados de la sociedad, con niños y con ancianos, con personas de diversas religiones y culturas.

#### *Conveniencia de colaboración con las demás ramas del Regnum Christi*

En la formación de los laicos consagrados del *Regnum Christi* es importante apoyarse en miembros de las otras ramas, en su experiencia y talentos, y en su vivencia del carisma común. De esta manera nos veremos enriquecidos y crecerá la comunión. Por otra parte, conviene que haya una colaboración cercana entre los responsables de la formación de los miembros de las diversas ramas, de modo que se exprese y comparta adecuadamente el modelo formativo.

#### *Conveniencia de profundización en el carisma del Regnum Christi*

No pueden estar ausente en el plan personal de formación, los medios necesarios para profundizar en la espiritualidad propia; profundización que, por las circunstancias particulares de nuestra historia, es también una oportunidad de aportar creativamente a la configuración de nuestra identidad.

#### *Conveniencia de un plan personal de formación y de carrera*

Por otra parte es importante que cada uno de los laicos consagrados establezca su propio plan de formación, con la ayuda de los formadores y del director espiritual, señalándose los objetivos formativos a lograr. Asimismo, conviene que cada laico consagrado tenga un plan de carrera que tome en cuenta sus aptitudes personales y aquello que va descubriendo como el peculiar llamado o inspiraciones del Espíritu Santo para él. Es de esperar que el propio consagrado tenga iniciativa a la vez que plena disponibilidad para proponer su itinerario de formación, particularmente en el ámbito académico. El plan de carrera no es un plan cerrado sino abierto, pues, además de imposible, sería contraproducente programar, sobre todo al inicio de la formación, un itinerario que prevea todas las circunstancias de la vida. Más bien ha de considerarse dicho plan como un itinerario

orientativo. El responsable territorial tiene la encomienda de revisar y dar seguimiento a dicho plan en orden a su realización.

#### *Conveniencia del seguimiento y evaluación de resultados*

Cualquier plan incluye la definición de objetivos pero también ha de incluir el seguimiento de su cumplimiento y la evaluación de resultados que permita ajustar dicho plan y por ende que ayude a su fin. No se trata de hacer mediciones cuantitativas de realidades inconmensurables, sino de realizar un ejercicio de prudente discernimiento: ¿estoy logrando las metas que me propuse?, ¿estoy aplicando los medios?, ¿me están ayudando a realizar lo que me propuse?, ¿hay nuevas circunstancias que requieren un ajuste de los medios o incluso de los objetivos? Éstas y otras preguntas han de guiar el ejercicio de evaluación que cada quien ha de realizar sobre su propia formación, pero también conviene conversarlo con los formadores o directores.

#### *Conveniencia de un apoyo técnico de especialistas*

También puede ser valioso recurrir a un *coach* o mentor que permita afrontar y resolver mejor el logro de las metas en algunas de las dimensiones de la formación o en su conjunto. Lo mismo en cuanto al conocimiento de las fuerzas y debilidades personales (personalidad, habilidades, competencias, entre otras) mediante exámenes psicométricos. No obstante, estos especialistas no suplen a los formadores que por oficio la propia Asociación dispone para nuestra formación.

A continuación se indican, de modo orientativo, los conocimientos generales, habilidades y virtudes para la elaboración de los planes de carrera y programas de formación para las diversas etapas de vida, que en su momento habrá que desarrollar.

### **1. Conocimientos generales:**

- a. Conocimiento profundo de la misión de la Iglesia y del papel del laico consagrado en ella.
- b. Conocimiento profundo de la identidad, finalidad, espiritualidad, pedagogía y organización del *Regnum Christi*.
- c. Conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios.
- d. Conocimiento realista de uno mismo: personalidad, temperamento, deficiencia, cualidades.
- e. Conocimiento de la fe, la moral, la espiritualidad, la liturgia y la pastoral católicas.
- f. Amplia base cultural y conocimientos suficientes de filosofía y de las corrientes de pensamiento más influyentes en el mundo actual.
- g. Conocimiento de la cultura en la que se vive y de la actualidad política del país y del mundo.
- h. Conocimiento de primeros auxilios.

## 2. Habilidades:

- a. Lectura comprensiva.
- b. Pensamiento claro, disciplinado, estructurado y orgánico. Capacidad de análisis, síntesis, relación y juicio.
- c. Hábito de lectura y de estudio.
- d. Buena comunicación oral y escrita para expresarse de manera clara, precisa y convincente.
- e. Dominio del discurso que le permita dialogar argumentativamente.
- f. Profundidad y serenidad emocional para equilibrar los argumentos racionales.
- g. Capacidad de escucha paciente y abierta a las otras personas.
- h. Capacidad de discernimiento para emitir consejos prudentes.
- i. Capacidad de penetrar el corazón humano (intuición y empatía).
- j. Flexibilidad y gradualidad en el acompañamiento de las personas.
- k. Capacidad para dialogar y resolver conflictos.
- l. Habilidades de proyección y programación, calendarización, dirección y gestión, evaluación y trabajo en equipo.
- m. Dominio de la metodología del apostolado propio.
- n. Dominio de la lengua materna; uso del idioma inglés además del español.
- o. Competencia profesional en el apostolado encomendado.
- p. Sentido de eficacia y orden en el trabajo.
- q. Aprovechamiento del tiempo y equilibrio en el tiempo dedicado a las diversas responsabilidades.
- r. Manejo adecuado de las tensiones y frustraciones inevitables de la vida.

## 3. Virtudes:

- a. Espíritu sobrenatural.
- b. Amor a la verdad, humildad y rectitud.
- c. Celo apostólico.
- d. Sabiduría, que ordena y juzga todos los conocimientos en orden a la vida.
- e. Caridad y colaboración en la comunidad y en el apostolado.
- f. Pobreza, castidad y obediencia.

## E. Itinerario formativo de los laicos consagrados del *Regnum Christi*

El capítulo V de los Estatutos presenta las siguientes etapas de vida del laico consagrado del *Regnum Christi*: el candidato, la etapa inicial o bienio de formación, los años de votos temporales y la vida de apostolado (cf. Estatutos, nn. 33 a 53). Estas cuatro etapas retoman en buena parte la propia tradición así como la tradición de la Iglesia para la formación de consagrados, vista como un itinerario de crecimiento constante que se adapta a las necesidades propias de cada momento, pero que también mira hacia las necesidades futuras. Por su importancia, hemos querido abordar también la formación en el Centro Estudiantil, si bien no es una etapa propiamente de la vida del laico consagrado.

Este camino cada quien lo recorre a lo largo de la vida de un modo único si bien con elementos comunes a los demás consagrados. Los Estatutos y el



Reglamento ofrecen algunas directrices para este itinerario en las diversas etapas en consonancia con lo que el Magisterio de la Iglesia propone<sup>47</sup>.

Antes de abordar lo específico de cada etapa conviene ofrecer algunas de consideraciones generales:

- Aunque hay objetivos particulares, en todas las etapas se debe buscar el fin último (la transformación en Cristo) y aspirar a una formación integral. Toda la formación debe ayudar a crecer en las virtudes cristianas y a desarrollar con fruto la labor apostólica encomendada. Por lo tanto la formación apostólica y la formación espiritual no son objetivos a lograr en una etapa particular sino en todas las etapas, desde el inicio y de manera permanente.
- La formación ha de concebirse como algo permanente; no sólo un tiempo “pedagógico” de preparación, sino un modo “teológico” de pensar la misma vida consagrada, que es en sí formación nunca terminada<sup>48</sup> y ha de abarcar la vida en el espíritu, la dimensión humana y fraterna, la dimensión apostólica, la dimensión cultural y profesional y la dimensión del carisma.<sup>49</sup>
- La formación, como se señaló entre los principios formativos, ha de ser realista, gradual y personalizada. En cierto modo cada persona tiene un itinerario formativo propio. El Plan general de formación aquí trazado ha de reconocer este principio.

## 1. El Centro Estudiantil

La formación que se imparte en un centro estudiantil no se limita sólo al discernimiento vocacional, pues pretende alcanzar los objetivos educativos de toda escuela católica: el ideal de formación integral ha de ser su referente. Es de esperar que los jóvenes que pertenecen al centro estudiantil hagan una experiencia espiritual y apostólica profunda y que asimilen los principios formativos de los miembros del ECyD y del *Regnum Christi*, participando activamente en ellos. También que aprendan a tratar a chicos y chicas de su edad, y a madurar afectivamente.

Se busca profundizar en la amistad con Cristo y en el conocimiento de sí mismo; al tiempo que desarrollar una correcta jerarquía de valores.

El miembro del centro estudiantil debe caminar en los primeros hábitos de vida de oración. Aprender a dominar los propios sentimientos al tiempo que adquiera una razonable capacidad de análisis y síntesis y de hábitos de estudio.

Se espera que en este tiempo brote el entusiasmo con la búsqueda de la propia vocación y el deseo de formarse, lo que se manifiesta en valorar el llamado de Dios con el deseo de corresponder a Cristo.

---

<sup>47</sup>*Vita consecrata*, pero sobre todo *Potissimum Institutioni*, desarrollan ampliamente el tema de la formación de las personas consagradas. Hemos extraído de estos documentos la fundamentación del presente texto.

<sup>48</sup>*cf.* Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, Instrucción “*Caminar desde Cristo*”, 15.

<sup>49</sup>*cf.* *Potissimum Institutionis*, 71; *Vita consecrata*, 69.

## 2. El candidatado

Durante el período de candidatado es clave el conocimiento de sí y de Jesucristo con miras a conocer si se cuenta con las aptitudes necesarias para la vocación consagrada (Estatutos, n. 37). Se espera que como resultado de esta etapa el candidato tome la decisión de verificar si tiene una vocación a la vida de laico consagrado en el *Regnum Christi* y que la Asociación logre el conocimiento suficiente del candidato que haga pensar positivamente en su idoneidad, es decir que tenga la capacidad de adquirir la suficiente madurez humana y cristiana para asumir las exigencias propias de la consagración.

En esta etapa se debe asegurar que el candidato, antes de ser admitido, posea un suficiente “equilibrio de la afectividad, especialmente el equilibrio sexual, que supone la aceptación del otro, hombre o mujer, en el respeto de su diferencia. Se podrá eventualmente recurrir a los servicios de un examen psicológico, teniendo en cuenta el derecho de toda persona a preservar su intimidad”<sup>50</sup>. También que el candidato tenga la capacidad de vivir en comunidad bajo la autoridad de los responsables.

## 3. Etapa inicial

En la etapa inicial o bienio de formación se busca la maduración en la relación con Cristo y la identificación con el propio carisma (Estatutos, n. 40). Los principales objetivos a lograr en la formación<sup>51</sup> son el conocimiento y vivencia del misterio de Cristo (por medio de la Palabra de Dios y la Sagrada Liturgia), de la naturaleza sacramental de la Iglesia, de los consejos evangélicos y de la necesaria ascesis para practicarlos, de la vida fraterna y evangélica, y del carisma de la Asociación. También profundizar en el conocimiento de sí mismo.

Por otra parte, la formación en el centro de formación y la misma vida comunitaria deben favorecer la identificación con la misión apostólica. Lo señala explícitamente la exhortación apostólica *Vita consecrata*:

“La vida comunitaria, ya desde la primera formación, debe mostrar la dimensión intrínsecamente misionera de la consagración. Por ello, en los Institutos de vida consagrada, será útil introducir durante el periodo de formación inicial, y con el prudente acompañamiento del formador o formadora, experiencias concretas que permitan ejercitar, en diálogo con la cultura circundante, las aptitudes apostólicas, la capacidad de adaptación y el espíritu de iniciativa”<sup>52</sup>.

Durante la etapa inicial se busca terminar de comprobar la idoneidad para asumir las exigencias propias de la consagración en el *Regnum Christi*. El proceso formativo va más allá de la simple enseñanza teórica del estilo de vida consagrado y busca la asimilación de principios de vida. Conviene considerar que en esta etapa -pero en realidad durante toda la vida- el formador ha de brindar una

---

<sup>50</sup>cf. *Potissimum Institutionis* 44; *Mutuae Relationis* 30

<sup>51</sup>cf. *Potissimum Institutionis* 46

<sup>52</sup>*Vita Consecrata*, 67.

retroalimentación prudente y objetiva sobre los comportamientos observados en el formando para que éste pueda poner los medios adecuados y superar aquello que puede alejarle de su transformación en Cristo. Esta retroalimentación, realizada con bondad, ha de ayudar a que el formando se conozca y encuentre las raíces o causas que están detrás de los comportamientos observados, pero sobre todo a que encuentre las razones y motivaciones profundas para formarse. El diálogo periódico con el responsable de comunidad es un medio apto para este fin.

Para propiciar un ambiente que favorezca la experiencia de Jesucristo y su seguimiento, en el primer año de este bienio de formación se dedica mayor tiempo a la oración y a la adoración, como también al conocimiento de la Escritura y de la vida litúrgica y sacramental. ¿Se enseña a orar? Más bien debemos decir que se aprende a orar. Y se logra, orando: el Espíritu Santo es quien enseña a orar, quien ora en nosotros. Lo cual no obsta que el orante acuda a maestros de la oración, entre ellos al propio director espiritual y a otros formadores, incluso también a la propia comunidad. El bienio de formación ha de ser escuela de oración, sin por ello olvidar que la oración se sigue aprendiendo a lo largo de toda la vida. Al final de esta etapa se espera el desarrollo suficiente de hábitos de vida de oración, sentido sobrenatural, capacidad de contemplación, silencio, reflexión y sacrificio.

Se prevé que durante el segundo año de formación se inicien o continúen los estudios universitarios -si no se han hecho- o se inicie el período de apostolado. Se pretende en este segundo año de formación que la maduración vocacional se lleve a cabo en un entorno más real, semejante al que se vive en las etapas posteriores. Normalmente estos dos años de formación se realizan en una casa de formación, con otros miembros en formación, pero si las circunstancias lo requieren pueden hacerse en una casa de apostolado. También por las circunstancias (p.e. el número de integrantes del grupo) puede convenir que el primer año, en vez del segundo, sea el que se dedique al apostolado o a los estudios universitarios. En todos los casos, los estudios de la etapa inicial conviene que tengan reconocimiento universitario.

La pobreza, la castidad y la obediencia antes que objeto de un voto son virtudes. Es de esperar que durante el bienio de formación las hayan adquirido en un grado suficiente. Formarse en estas virtudes requiere no sólo un ejercicio ascético sino también místico: la acción de la gracia que nos lleva a apreciarlas, encarnadas en Cristo, y a querer compartir el mismo estilo de vida del Señor. Requiere también un aprendizaje gradual hasta adquirir un conocimiento connatural de lo que es ser casto, pobre y obediente. Al inicio las normas son de mucha ayuda para recorrer el camino, pero es de esperar que progresivamente se vayan interiorizando los principios para así actuar con verdadera libertad, sin la rigidez propia de los inicios. Se debe estar atento, porque en esta etapa no falta quien, por parecer moderno, maduro y natural, termina siendo desinhibido, ambiguo o incluso contradice su propia condición e identidad en el trato con la mujer, en el uso de los bienes materiales o en la relación con las personas constituidas en autoridad. Todo esto es más bien inmadurez e inautenticidad: la autenticidad de vida es coherencia entre lo que se vive y lo que se profesa.

Al final de esta etapa se ha de lograr un discernimiento suficiente de la vocación y la voluntad de emitir los primeros votos temporales.

En el ámbito de la formación humana se busca alcanzar un pensamiento claro, disciplinado, estructurado y orgánico; profundidad y serenidad emocional para equilibrar los argumentos racionales; formación de la voluntad; desarrollo de habilidades artísticas, culturales, deportivas y de las virtudes sociales. Asimismo es conveniente ejercitarse en la templanza en el uso de los medios de comunicación, y crecer en el aprecio por la vida de comunidad.

Se debe desarrollar el deseo por conocer en profundidad a Jesucristo a través de su estudio sistemático; el aprecio por la Iglesia y su Magisterio, así como del Movimiento y su carisma. No debe omitirse la formación filosófica y teológica inicial.

Por último, se ha de cultivar el amor a la misión, desarrollando la sensibilidad ante las necesidades de los demás y preparándose para el apostolado más directo mediante la adquisición de habilidades de organización y liderazgo.

#### **4. Etapa de votos temporales y los estudios universitarios**

Habitualmente los años de votos temporales coinciden con los años de inicio o término de los estudios universitarios, donde se pretende adquirir la preparación intelectual adecuada, con estudios civiles y eclesiásticos, para la vivencia de la propia vocación de laicos consagrados. Sin embargo, no siempre será así, por lo que no se puede identificar la etapa de votos temporales con la de estudios universitarios. Lo que a continuación se señala de la formación universitaria puede darse antes de la emisión de los votos temporales como también como parte de la formación permanente.

Nuestra misión exige una formación esmerada en el conocimiento y asimilación de la cultura de nuestro tiempo y sociedad con miras a la acción fermento en medio de las realidades temporales, ordenándolas según el plan de Dios. Esta formación pasa por una educación universitaria y capacitación profesional que nos permita actuar y dar testimonio entre nuestros coetáneos con pericia y responsabilidad.

Ordinariamente se realizan primero los estudios civiles. La elección de carrera se hace tomando en cuenta las propias aptitudes e intereses y las necesidades de la Iglesia. Los estudios de posgrado por lo general se hacen cuando ya se han hecho los votos definitivos y se cuenta con mayor experiencia humana y profesional. Es conveniente que cada consagrado proponga a sus responsables, con iniciativa y plena disponibilidad, qué cursos tomar, la modalidad, el lugar y el momento adecuado para ello.

También conviene que cada consagrado proponga cuándo y cómo continuar los estudios de filosofía y teología (como también de doctrina social de la Iglesia,

catequética y comunicación) que se iniciaron en el bienio de formación. En algunos casos estos estudios se harán a distancia, a la par que los estudios profesionales. En otros casos convendrá hacerlos en forma presencial o mixta en un momento posterior, para evitar una sobrecarga que iría en detrimento de la persona y de la misma formación. El plan de carrera ha de prever el momento y modo en que se realicen estos estudios. Incluso es bueno que algunos consagrados se especialicen en filosofía y teología, ya sea en orden a su enseñanza como también para ejercer adecuadamente funciones de gobierno en la Asociación (p.e. responsables territoriales o general, secretario general, directores espirituales...).

Los estudios universitarios, en lo posible, han de realizarse en diversos países y en universidades reconocidas por su nivel académico. En todo caso es el esfuerzo personal continuado, más que la universidad u otros medios externos *per se*, lo que permite alcanzar una óptima formación académica. Nuestra misión lo requiere y sería una omisión grave desaprovechar las oportunidades en este campo. Con responsabilidad, ha de buscarse la excelencia en la formación universitaria y profesional.

En estos años debe darse continuidad a los objetivos formativos del bienio de formación, para lo cual el responsable de comunidad y el equipo de formadores han de brindar un apoyo cercano al formando. Asimismo ha de buscarse, gradualmente, la adquisición de hábitos de discernimiento espiritual, así como un conocimiento por connaturalidad y madurez sobre cómo obrar en cada circunstancia en conformidad a su vocación y misión. El consagrado ha de aprender a organizar su horario y actividades, su modo de orar, el apostolado encomendado, el uso de los medios de comunicación y las relaciones con los demás, comenzando por la propia familia. También es una etapa clave para desarrollar el celo apostólico, aprovechando el trato con compañeros de la universidad.

Es ésta una etapa de consolidación de la vida consagrada laical en que se debe aprender a estar en el mundo sin ser del mundo. En la vida espiritual se espera una profundización en el seguimiento de Cristo Maestro desarrollando el sentido sobrenatural en medio de las actividades y alimentando el deseo de llevar a plenitud el carisma del *Regnum Christi* y en particular del laico consagrado.

Humanamente, se espera un grado de madurez que se exprese en la autoconvicción en la vivencia de los principios y en la capacidad de construir vida de comunidad. Para ello es necesario tener una jerarquía de valores clara y coherente, así como capacidad de recto juicio, un dominio del discurso que permita el diálogo argumentativo, la capacidad de organización y aprovechamiento del tiempo (programación, calendarización, evaluación).

El laico consagrado debe ser y sentirse apóstol, cultivando el amor a la Iglesia y comprometiéndose con las necesidades de los demás. Será por ello necesario desarrollar las habilidades de escucha paciente y abierta a las otras personas.

## 5. Etapa de “votos definitivos” o de “vida de apostolado”

El nombre de esta etapa como “de vida de apostolado” puede prestarse a equívocos pues el apostolado, incluso a tiempo completo, puede darse en quienes están en la etapa inicial o en la etapa de votos temporales. Por otra parte los estudios universitarios de posgrado o de especialización suelen realizarse cuando ya se han hecho los votos definitivos. Por eso puede ser más adecuado la denominación “etapa de votos definitivos”.

Durante estos años la formación se orienta a crecer en la unión con Dios en medio de la misión apostólica y ser así colaboradores del Espíritu Santo en su obra de evangelización. Ha de evitarse el error, sin la debida formación, de asumir apostolados desproporcionadamente exigentes por dar respuesta a necesidades conyunturales. Es cierto que el apostolado es en sí mismo formativo, que es bueno enfrentarse a retos exigentes y así madurar mejor, pero no es bueno entregarse a una labor sin el adecuado apoyo humano, espiritual, intelectual o simplemente apostólico.

Los directores, así como los compañeros de comunidad y de la obra de apostolado, ocupan un lugar clave en este momento de maduración personal que por otra parte es un proceso inevitable y que se da también en las personas casadas o solteras no consagradas. Es el momento de afianzarse en motivaciones hondas, siempre desde la fe y el amor. Es también momento de madurar en la oración.

En estos años puede ser valioso que el responsable de comunidad o algunos consagrados con experiencia realicen una labor de “*mentoring*” apostólico de los consagrados más jóvenes. En todo caso el responsable de comunidad no debe ser ajeno a la problemática apostólica de cada uno de los miembros de su comunidad. Es recomendable que tenga una buena relación con los directores de las obras de apostolado en las que realizan su labor los miembros y que ayude a resolver los eventuales problemas o dificultades que inevitablemente surjan.

En los primeros años de apostolado, sobre todo si se dan antes de la emisión de los votos perpetuos, se busca alcanzar una convicción definitiva de la vocación y lograr solidez en los hábitos de vida consagrada.

A nivel espiritual se ha de buscar la identificación con Cristo Apóstol; valorando positivamente al hombre, al mundo y a la Iglesia, así como acrecentando el amor de caridad. Se ha de lograr desarrollar la vida interior en medio del mundo, equilibrando las dimensiones contemplativa y evangelizadora.

Intelectualmente se debe buscar dar continuidad a la formación filosófica y teológica con la consciencia de su necesidad para mejor servir a la Iglesia y a los hombres. Se ha de trabajar en el correcto equilibrio de las fuerzas y el tiempo dedicado a la formación general y de la propia especialización, según las aptitudes personales y el trabajo asignado. Asimismo es importante desarrollar la capacidad de discernir en el acceso al conocimiento (lecturas, estudios, medios de comunicación, etc).

En el campo humano se espera la consolidación de una personalidad armoniosa en las relaciones con los demás; la autoaceptación de la propia realidad con sus límites y cualidades; y un sano espíritu crítico. Habilidades muy recomendadas para quienes están iniciando su vida apostólica son el realismo en el conocimiento de sí mismo y en las propias expectativas de desarrollo; capacidad de adaptación a las circunstancias y a los cambios; habilidades de proyección y de gestión; creatividad e iniciativa.

Es importante comprender que el apostolado no es un simple ejercicio profesional sino un verdadero acto de culto y un ejercicio de nuestra condición de sacerdote, profeta y rey. Con esta perspectiva teológica el laico consagrado ha de formarse, con miras a ser otro Cristo allá donde esté, haciendo presente el Reino como fermento y maestro de la fe. Y así el propio apostolado, la vida cotidiana, se convertirá en medio de formación o, mejor aún, de transformación en Cristo. En el servicio apostólico, extensión de su relación sponsal con Cristo y la Iglesia, realiza asimismo su vocación al amor a través de la guía espiritual de las personas que Dios pone en su camino.

Lo anterior ha de llevar a acrecentar el celo apostólico y la consciencia de servicio a la Iglesia, manteniendo un sano realismo y prudencia en el actuar, pero con una confianza inquebrantable y gozosa en la acción de la gracia. Es importante, en el trato con las almas, desarrollar la suficiente flexibilidad y gradualidad en el acompañamiento y en la exigencia.

Pasados los primeros años de apostolado se espera que el laico consagrado sea una persona plenamente identificada con su vocación. Sin embargo, no ha de pensar que su formación está concluida por haber alcanzado un cierto grado de madurez. En su vida espiritual debe seguir esforzándose por crecer en la relación con Dios, ejercitándose en las virtudes teologales, donándose sin esperar retribuciones y cultivando una relación sponsal con Jesucristo. A nivel humano debe ejercitar la responsabilidad y la profesionalidad; adquiriendo competencias de resolución de problemas y habilidades de dirección. A nivel intelectual debe formarse continuamente a través de capacitación y posgrados, llegando a ser maestro en su área de especialización profesional con la disposición de comunicar los propios conocimientos y experiencias, y con la humildad necesaria para estar en permanente estado de aprendizaje.

Como apóstol, debe ser guía y maestro de la fe. Ello implica desarrollar las capacidades de observación, de discernimiento y de juicio acertado y prudente. Debe lograr la capacidad de penetrar en el corazón humano (intuición y empatía), de motivar y de exigir. De manera creativa debe buscar la esencia de los problemas para proponer soluciones profundas, concretas y, por tanto, verdaderamente eficaces; y ser lo suficientemente flexible para saber adaptarse con facilidad a lo nuevo, atento a las inspiraciones del Espíritu Santo.

La renovación propia de quienes avanzan en edad puede implicar un cambio en el tipo apostolado, más apropiado a las nuevas circunstancias, que se debe prever con la debida anticipación por parte del interesado. Conviene que se dé un diálogo franco sobre este punto con el responsable territorial o general en orden a un nuevo apostolado o una capacitación adecuada que permita enfrentar las nuevas circunstancias.

Los años de apostolado pueden ser muchos y muy diferentes, y requerirán una gran adaptación, sobre todo si la enfermedad o las limitaciones personales -a menudo por la edad- hacen su aparición. Sólo el que se renueva permanece fiel a sí mismo y así el laico consagrado debe aprender a enfrentar cada nueva situación acudiendo a Aquél que nos renueva y hace nuevas todas las cosas. En la soledad como en la serena alegría, en el dolor como en el gozo, somos del Señor y estamos ciertos de que Él no dejará que nuestra vida se pierda.

## ***G. Los formadores y su formación***

### **1. El formador**

#### *Rol y cualidades del formador*

En ciertos momentos de la vida algunos son llamados a realizar un servicio de colaboración particular en la formación de otros: los denominamos “formadores”, sin olvidar que el Espíritu Santo es el formador por excelencia. El formador es, por tanto, un colaborador en la obra de Dios; que ha de concebir su labor en *synergia* con el Espíritu Santo que es quien propiamente forma. Las cualidades principales que han de tener los formadores son<sup>53</sup>:

- paciencia que es al mismo tiempo saber esperar y saber sufrir
- capacidad humana de intuición y de acogida
- experiencia madurada de Dios y de la oración
- sabiduría que deriva de la escucha atenta y prolongada de la Palabra de Dios
- competencia cultural
- disponibilidad de tiempo para dedicarse a cada formando
- capacidad de comprender y sentir desde el otro
- corazón misericordioso y sencillez
- prudencia

#### *Acompañamiento y aprender a acompañar*

El mismo formador que acompaña ha de aprender, caminando, a acompañar. Ha de darse cuenta de que cada persona es diferente y por ello el acompañamiento es también diferente en cada caso. El formador ha de aprender de sus errores en el acompañamiento, por ejemplo cuando pretende aplicar “recetas” que le han funcionado en el pasado o cuando avasalla con sus supuestos conocimientos o habilidades en vez de escuchar a Dios. El buen formador tiene que “desconfiar” de su propia sabiduría y, más bien, estar dispuesto a aprender cada vez que se acerca a uno de los “formandos”. Esta actitud no es un “gesto” de “acercamiento” sino

---

<sup>53</sup>cf. *Potissimum Institutionis*, 31.



condición de respeto a la verdad y de un adecuado acompañamiento en el que los compañeros de camino se encuentran y caminan juntos, buscan juntos la voluntad de Dios. En efecto, también el que acompaña busca la voluntad de Dios, sin saber de antemano las respuestas.

## 2. El responsable de comunidad

### *El responsable de comunidad como autoridad*

Entre los formadores el responsable de la comunidad juega un papel relevante. En cuanto superior realiza el servicio de la autoridad y ejerce su potestad a tenor del derecho propio y del derecho común de la Iglesia<sup>54</sup>. Este servicio de la autoridad implica velar por el proyecto formativo de la Asociación y, más concretamente, ayudar a cada miembro de la comunidad a vivir su vocación según el carisma propio. Ayuda que se expresa de muchos modos: la oración, el testimonio, la amonestación, la exhortación, la toma de decisiones, etc.

El responsable de la comunidad es el responsable de la formación de todos los miembros sin menoscabo de la responsabilidad de cada uno por su propia formación. En consecuencia, debe cuidar la unidad del trabajo de todos los que participan en la labor formativa: directores espirituales, capellán, gerente o asistentes (si los hubiera), encargado de estudios y/o profesores. Por supuesto, no debe interferir en lo que es competencia propia de cada uno de ellos, particularmente en la labor de los directores espirituales o del capellán.

El responsable de la comunidad ha de preocuparse de la vida espiritual de los miembros de la comunidad buscando que todos cuenten con el ambiente y los medios necesarios para su crecimiento espiritual, que tengan su dirección espiritual periódica -respetando la libertad de cada uno para elegir su director espiritual según se marca en los Estatutos y en el Reglamento-, que la vida de comunidad ayude a la vida espiritual. Su finalidad y justificación es la de guiar al grupo y a cada uno a vivir los valores trascendentes vinculándoles a esos mismos valores evangélicos por encima de su propia persona<sup>55</sup>. También tiene la responsabilidad de mantener vivo el carisma de la Asociación y la fidelidad a la Iglesia en su comunidad. En el trato con los más jóvenes debe valorar y comprender la tendencia a cuestionar, viendo en ello no una falta de respeto sino un genuino interés por comprender mejor aquello que se le propone, para mejor asimilarlo.

### *El responsable de comunidad como maestro*

El responsable de comunidad por tanto no es un mero organizador de la vida de comunidad sino también un maestro espiritual capaz de comprender y aconsejar a sus hermanos, con intuición sobrenatural para captar qué necesita cada uno y cómo ayudarle. Como señala el Papa Francisco, la formación es una obra artesanal, no policíaca. Más aún, es una obra de arte siendo el *Logos* el verdadero artista<sup>56</sup>.

---

<sup>54</sup>cf. Instrucción "El servicio de la autoridad y la obediencia". También se recomienda leer la conferencia del P. Gianfranco Ghirlanda titulada "Servicio de la autoridad y obediencia en la vida religiosa" dada en Roma el 12 de mayo de 2011.

<sup>55</sup>cf. Alessandro Manenti, *Vivir en comunidad*, Sal Terrae, Bilbao, 1981, pp. 95-104.

<sup>56</sup>cf. Amedeo Cencini, *Los sentimientos del Hijo*. Salamanca, Sígueme, 2005, p. 57.

### *Acompañamiento a la comunidad*

Acompañar una comunidad no es lo mismo que acompañar a cada uno de los miembros de la comunidad, requiere un talento diferente. Y ello porque la dinámica de las personas, cuando se reúnen e interactúan, es diferente. Es importante comprender que cada comunidad tiene características únicas y por ello el responsable tiene que comprenderlas y adaptarse a ellas para que la interacción sea benéfica. Al igual que no conviene uniformar a las personas tampoco conviene hacerlo con las comunidades.

### *Acompañamiento y diálogo personal*

En el proceso formativo, un medio que la tradición de la Iglesia y del Regnum Christi recomiendan es el diálogo personal de formación con el superior de comunidad. Este diálogo debe ser entendido como un encuentro entre el responsable o formador y el miembro de la comunidad, tal como señala el número 87 de los Estatutos. Ha de tener ciertas características para que sea fructífero. Debe ser periódico, con adecuada preparación, en un clima de confianza y respeto, con voluntad de conversión y de escucha a Dios. En el diálogo el acompañante ofrece elementos para que el acompañado pueda comprender el sentido de lo que le ocurre en su propia vida. No está de más recordar que ha de cuidar con esmero el no revelar, sin permiso, a terceras personas lo que se comenta en el diálogo personal.

## **3. El director espiritual**

Quienes desempeñan el servicio de la dirección espiritual también son acompañantes. Conviene distinguir bien la dirección espiritual del diálogo de formación, su fin, exigencias y características<sup>57</sup>. Los directores espirituales han de caracterizarse por lo que Santa Teresa de Jesús pedía en su época y que sigue estando vigente hoy: santidad de vida, ciencia teológica, prudencia y discreción, experiencia de oración. Pero quizás más importante aún, es que quien acude a la dirección espiritual lo haga con fe y con decisión de aprovechar a fondo este medio. Hacerlo con periodicidad y profundidad previene del peligro de la pereza espiritual y del subjetivismo.

## **4. Otros formadores**

### *Acompañamiento del responsable territorial y general*

El responsable territorial y el responsable general también realizan un acompañamiento subsidiario de los consagrados; se puede decir que su principal tarea es la de acompañar y que todo lo que hacen coadyuva al acompañamiento en la vivencia más plena de la vocación de cada uno de los miembros de la Asociación. El encargo de la misión apostólica a cada miembro y el seguimiento de la misma se insertan en esta dinámica de acompañamiento. También sirven a este fin los diálogos de formación, las conferencias, la colaboración con los responsables de comunidad y los mismos programas territorial y general. En el acompañamiento han

---

<sup>57</sup> Tener presente el documento "La dirección espiritual y el diálogo de formación" elaborado a partir de un documento análogo del P. Jesús Villagrasa, LC que fue usado durante unas conferencias impartidas en México en septiembre de 2012.

de retroalimentar, en lo posible, a los propios consagrados. Particularmente cuando les toca participar en la admisión o salida de algún miembro han de hacerlo con espíritu de acompañamiento.

#### *Otros acompañantes*

Por su parte, los gerentes o asistentes realizan un servicio fraterno en colaboración con el responsable de comunidad. Como verdaderos acompañantes se ejercitan en el liderazgo cristiano que es servicio alegre y creativo para que la comunidad y cada miembro se puedan desarrollar plenamente. También es factible que un consagrado tenga un padre o una madre espiritual con quien converse y se aconseje en ocasiones particulares.

### **5. La formación de los formadores**

Para ejercer una adecuada labor, los formadores deben formarse en las siguientes áreas:

- Formación humana. Para lograr un adecuado acercamiento al formando y poder orientarle con propiedad, el formador debe desarrollar un corazón paciente y generoso, bondadoso y empático; asimismo, debe lograr un equilibrado dominio de sí, paciencia y habilidad para acompañar a los demás y hábito de organización de su tiempo. Ha de desarrollar sus talentos y su liderazgo al servicio de los demás.  
Para lograr un adecuado acercamiento al formando y poder orientarle con propiedad, el formador debe desarrollar un corazón generoso, bondadoso y empático; asimismo, debe lograr un equilibrado dominio de sí, habilidad para acompañar a los demás y hábito de organización de su tiempo. Ha de desarrollar sus talentos y su liderazgo al servicio de los demás.
- Formación doctrinal. Aún cuando no es imprescindible que tenga una formación teológica acabada, el formador ha de asimilar al menos los contenidos teológicos suficientes para poder ejercer su labor de pastor de sus hermanos (particularmente el conocimiento profundo de Jesucristo y de la Iglesia). Debe conocer suficientemente la propia espiritualidad y la metodología apostólica del Movimiento. Ha de contar con un adecuado dominio de psicología del desarrollo y pastoral.
- Formación espiritual. El formador está llamado a ser maestro del espíritu, sobre todo por su vida teologal y por su conocimiento de la espiritualidad cristiana. Así mismo ha de vivir con especial coherencia e intensidad la espiritualidad cristiana, y ser testimonio de vida de su consagración de manera que más convenza por su vida que por sus palabras.
- Formación apostólica. El formador ha de ser un transmisor de mística; proponer y suscitar el compromiso con Cristo a las personas encomendadas; tener buena capacidad de organización y de evaluación. El formador ha de considerar que labor formativa es una misión de gran trascendencia, aunque pueda resultar poco vistosa a los ojos de los hombres.

### *Necesidad de un plan de formación particular para ser formador*

Para adquirir esta formación, el formador debe considerar en su plan de carrera aspectos como estudios formales de filosofía y teología. Conviene también que quienes sean responsables a cualquier nivel, directores espirituales o consejeros, tengan conocimientos básicos de las normas de la Iglesia en temas como la distinción de fueros<sup>58</sup>, el ejercicio de la autoridad y los votos.

### *Necesidad de formación psicológica en los formadores*

El formador ha de tener la sensibilidad y la preparación adecuadas para percibir las motivaciones del formando y para ayudarle a desarrollar una sana psicología integrando las limitaciones personales. En ocasiones surgen o se desarrollan en las personas consagradas problemas psicológicos más o menos graves que deben ser atendidos por especialistas. Es de esperar que los formadores puedan detectar estos problemas a tiempo y no confundirlos con problemáticas espirituales. Si el formador tiene la responsabilidad de dar un juicio de idoneidad, de cara a la emisión de los votos, tendrá que identificar si hay impedimentos psicológicos o problemas psicopatológicos que desaconsejen ese paso. Por todo lo anterior conviene ofrecer una formación psicológica a los formadores aunada a las indicaciones eclesiales en esta materia, particularmente en el documento de la Congregación para la Educación Católica titulado *“Orientaciones para la utilización de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio”* (29 de junio del 2008). Los principios allí contenidos se aplican en buena medida a la formación de los laicos consagrados.

### *Necesidad de cuidar las transferencias entre el formador y formando*

Por otro lado, el formador ha de ser consciente y maduro para reconocer y manejar las transferencias o reacciones emocionales que se generan en su relación con los formandos. Sería una grave irresponsabilidad que por este motivo el formador se convirtiera en un obstáculo o incluso en un “deformador” de los miembros a su cargo. A su vez ha de cuidarse que la relación con el formando no se convierta en un obstáculo para el mismo formador quien tendrá que hacerse cargo de sus propias reacciones emocionales.

### *Ser formador es un servicio, no un reconocimiento de las propias cualidades*

Es importante no olvidar que ser formador no es un premio o un reconocimiento a quien tiene “más” cualidades sino un servicio que todos en algunos momentos estaremos llamados a realizar como hermanos. Conviene no exagerar los requisitos para ser formador sino más bien disponerse con humildad para realizar este servicio cuando se nos pida. Es la humildad, junto con la caridad, la que motiva a formarse para brindar un mejor servicio. “El modelo o patrono del formador no es ciertamente Atlante, que cree llevar todo el mundo sobre sus hombros, sino Juan Bautista, que señala y anuncia a Otro, y no apunta a sí mismo”<sup>59</sup>. Esta humildad es fundamental para saber exigir, sin respetos humanos.

---

<sup>58</sup> Se recomienda la lectura de la conferencia del P. Gianfranco Ghirlanda, titulada *“Fuero interno y fuero externo, ámbito de la conciencia e intimidad de la persona”*, dada en Roma el 7 de abril de 2011.

<sup>59</sup> cf. *Los sentimientos del Hijo*, p. 51.

## H. Bibliografía

Fuentes principales del Magisterio para profundizar en el tema:

- CONCILIO VATICANO II
  - o Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 21 de noviembre de 1964
  - o Constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, 7 de diciembre de 1965
  - o Decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los laicos, 18 de noviembre de 1965
  - o Decreto *Optatam totius* sobre la formación sacerdotal, 28 de octubre de 1965
  - o Decreto *Perfectae caritatis* sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, 28 de octubre de 1965
- PABLO VI
  - o Encíclica *Ecclesiam suam*, 6 de agosto de 1964.
- JUAN PABLO II
  - o Exhortación apostólica *Christifideles Laici* sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, 30 de diciembre de 1988.
  - o Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata* sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo, 25 de marzo de 1996.
- FRANCISCO
  - o Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013
- CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA
  - o Instrucción *Mutuae relationis* sobre criterios pastorales en las relaciones entre obispos y religiosos, 14 mayo 1978.
  - o Instrucción *Potissimum institutionis* sobre la formación en los Institutos religiosos, 2 febrero 1990.
  - o Instrucción “La vida fraterna en comunidad”, 2 de febrero de 1994.
  - o Instrucción “Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio”, 19 de mayo de 2002.
  - o Instrucción “El servicio de la autoridad y la obediencia”, 11 de mayo de 2008.
  - o Carta circular a los consagrados y consagradas “Alegraos”, del Magisterio del Papa Francisco, 2 de febrero de 2014.
  - o Carta circular a los consagrados y consagradas “Escrutad”, 8 de septiembre de 2014.
- CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA,
  - o “Orientaciones para la utilización de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio”, 29 de junio del 2008.